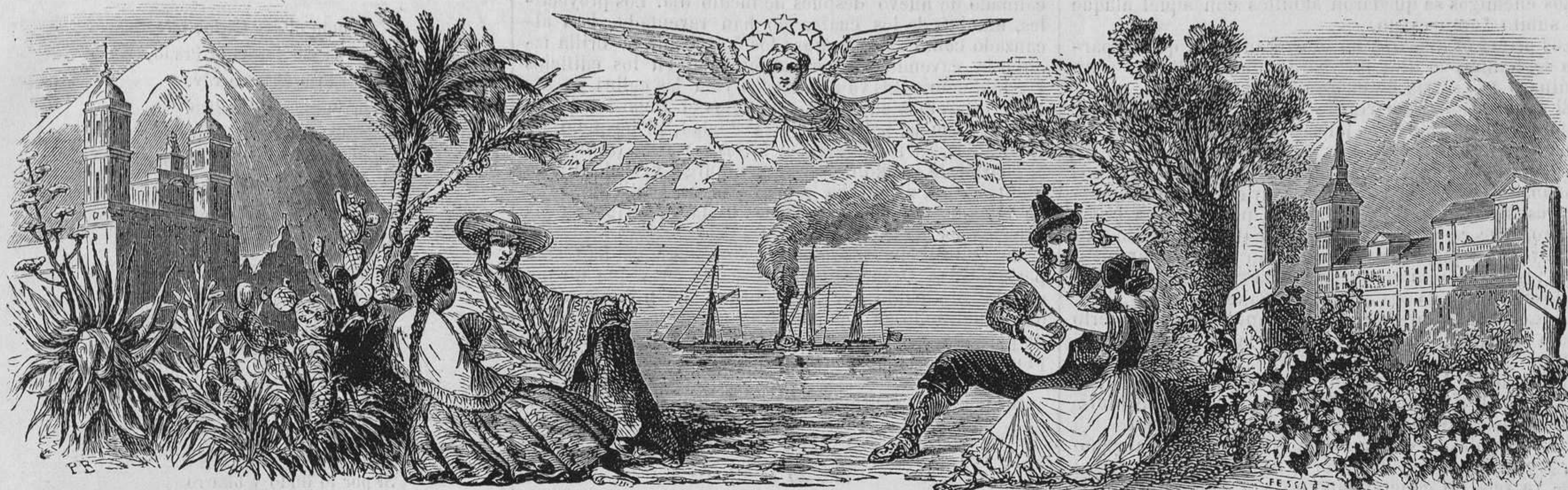


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1871. — Tomo XXXVII.

EDITORES-PROPIETARIOS: X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administración general, passage Saulnier, número 4, en París.

AÑO 30. — N° 939.

SUMARIO.

Defensa de París: El caserío de Groslay, última avanzada francesa; grabado. — El bombardeo de París. — Poesía. — No hay mal que por bien no venga. — El cura de San Gervasio entregando la medalla militar á un soldado africano herido en Champigny; grabado. — Un trono que se hunde y otro que se levanta; grabado. — Revista de París. — Episodio histórico. — El bosque de Boulogne; grabado. — La muralla de Passy; grabado. — Escenas de la vida inglesa. — Las municiones; grabados. — De Villahermosa á la China. — Las ambulancias ú hospitales de sangre; grabados. — Medalla conmemorativa de la prensa francesa; grabado.

Defensa de París.

EL CASERIO DE GROSLAY, ÚLTIMA AVANZADA FRANCESA.

El caserío de Groslay, mas allá de Drancy, es la última avanzada que el 21 de diciembre conquistaron los franceses. Era una granja importante que la guerra ha reducido como al estado de cedazo.

Desde esta avanzada el batallón Poulizac, de los exploradores del Sena, hizo una expedición al frente de Groslay.

Algunos prusianos fueron muertos y 6 cayeron prisioneros, en tanto que los franceses no tuvieron mas que 3 heridos, entre ellos un oficial.

Este episodio merece contarse con los interesantes pormenores que le han señalado á la atención del público. El general Duerot, al dar una vuelta por las avanzadas, decia delante del comandante Poulizac, que se halla á la cabeza del primer batallón de los exploradores del Sena:

— Carecemos de noticias y los prusianos únicamente podrian darnoslas; seria útil hacer algunos prisioneros, pero dicen que es imposible.



DEFENSA DE PARIS. — El caserío de Groslay, última avanzada francesa

— ¡Imposible, mi general! replicó el valiente comandante, nada de eso; ¿cuántos quereis?

— Los que podais hacer.

— Está corriente.

El otro día á las cuatro y media de la madrugada, el comandante Poulizac acompañado de cincuenta hombres resueltos se lanzaba á paso gimnástico hácia los fosos con barricadas que protegen las avanzadas prusianas, por el lado del ferro carril de Soissons, cerca del Bourget.

Los enemigos se quedaron atónitos con aquel ataque tan súbito é imprevisto.

Los primeros disparos no se oyeron hasta que la partida se hallaba á diez metros de una casilla de peon caminero que servia de cuerpo de guardia.

El centinela fué muerto de un bayonetazo. Un instante despues forzaban la puerta y el sargento Ruél entraba el primero en la casa. Entonces se empeñó un terrible combate cuerpo á cuerpo. Cuarenta prusianos formaban la guardia; unos diez murieron defendiéndose, tres salieron heridos y hechos prisioneros y cinco tuvieron que rendirse. Los que se habian refugiado en la cueva y no querian rendirse fueron muertos tambien, y los restantes rompieron las ventanas y huyeron dejando una parte de sus armas y bagajes.

En esta brillante expedicion no hubo ningun muerto y solo se contaron dos heridos por las bayonetas prusianas.

Al amanecer la partida volvia al cuartelillo de la Folie con sus trofeos y sus prisioneros, que no disimulaban su alegría y sorpresa porque no les fusilaban.

Una hora despues entregaban los prisioneros al general, y el comandante Poulizac le decia:

— Ya veis, mi general, que no era empresa imposible ni mucho menos.

L. C.

El bombardeo de Paris.

(Continuacion. — Véase el número 938.)

DEL 16 AL 17.

El bombardeo ha sido un poco menos violento durante esta noche; 189 granadas han reventado en la ciudad, mientras que la noche anterior se contaron 294 explosiones. Los distritos que mas han sufrido son, el 5º y el 6º y especialmente el 13. El tiro del enemigo no ha tenido variacion sensible, pues ha continuado á alcanzar un radio determinado, cayendo los proyectiles en los mismos barrios del Jardin de Plantas, de la Salpetriere, de los Gobelinos, de Necker, de Montrouge, de Grenelle y del Point-du-Jour. Sin embargo, un proyectil ha caido por primera vez en el barrio del Arsenal, cerca de la plaza de la Bastilla, y otro en el barrio de Saint-Germain-des-Pres.

A pesar de que el fuego no ha sido tan vivo, han sido alcanzados los Inválidos, los hospitales de la Salpetriere y de la Piedad, el colegio Rollin, el presbiterio de la iglesia de Saint-Germain-des-Pres, los cuarteles Loureine, Dupleix y Babilonia, el mercado de cueros, los mataderos de Grenelle y la fábrica Cail.

Han sufrido graves perjuicios 35 propiedades particulares. Un solo incendio se ha declarado, siendo apagado inmediatamente.

Ha habido un muerto y 43 heridos.

DEL 17 AL 18.

El bombardeo ha tomado mas incremento esta noche que la anterior. Los proyectiles han caido en los mismos distritos, principalmente en los 5º, 6º, 15 y 16. Se han probado grandes daños en el barrio de Notre-Dame-des-Champs. Han sufrido cinco casas del boulevard Montparnasse y siete de la calle de Rennes; una treintena de propiedades privadas han sido mas ó menos perjudicadas.

Han caido granadas en varios edificios y establecimientos públicos; entre otros el hotel de los Inválidos, el depósito de vinos, el Jardin de Plantas, la panaderia central, que parece servir de blanco; los mataderos de Grenelle y la estacion de Orleans, donde han caido tres proyectiles en corto tiempo.

Cuatro incendios causados por el bombardeo se han declarado en las casas particulares; se han sofocado fácilmente. Uno que estalló ayer hácia las once de la noche, en el depósito de vinos, amenazaba tomar proporciones considerables; pero el servicio de bomberos lo dominó prontamente. En fin, el 18 á la una de la tarde, el fuego se declaró á causa de la explosion de una granada en los mataderos de Grenelle; despues de dos horas de trabajo estaba sofocado, y no hay accidente que deplorar.

Ha habido 6 muertos y 44 heridos.

DEL 19 AL 20.

El bombardeo de Paris ha sufrido desde ayer notables variaciones. Muy débil durante la velada del 19, se ha acentuado á partir de las doce de la noche, ha continuado con bastante viveza esta mañana, y se ha calmado de nuevo despues de medio dia. Los proyectiles, muchos de los cuales no han reventado, han alcanzado como de costumbre los barrios de la orilla izquierda, cayendo con corta diferencia, en los edificios y establecimientos ya alcanzados y en las calles ya dichas. Citaremos entre otros edificios el Depósito de vinos, la Escuela politécnica, la Piedad, el hospicio de Incurables, el ferro-carril del Oeste (orilla izquierda), el cuartel de Babilonia, el Luxemburgo y el Jardin de Plantas. Este último ha recibido 48 proyectiles, y uno de ellos ha causado perjuicios bastante serios en las galerías del Museo zoológico.

Cuarenta y cuatro propiedades particulares han sido perjudicadas. Desde ayer no se señala mas que un incendio producido por la explosion de una granada, que penetrando en una cueva hizo reventar tres toneles de petróleo. No ha habido ningun accidente que deplorar, y el fuego estaba apagado al cabo de algunas horas.

Ha habido 9 víctimas: todos heridos.

DEL 20 AL 21.

Durante la noche del 20 al 21, mas de 200 granadas, dirigidas casi exclusivamente por las baterías de Chatillon, han sido lanzadas contra la ciudad, redoblando la intensidad del bombardeo por la mañana, y cayendo los proyectiles en las zonas que avicinan las murallas. Se ha confirmado que muchas granadas no hacian explosion; han sido perjudicados 73 inmuebles, como la mayor parte de edificios señalados los dias precedentes. Los barrios que mas han sufrido son los de Montparnasse y de Plaisance; en cuanto á los otros de la orilla izquierda, han sufrido menos que de ordinario.

Tan solo se ha señalado un incendio, prontamente sofocado, en la calle Masseron (7º distrito).

Ha habido 5 muertos y 9 heridos.

DEL 21 AL 22.

Como la víspera, el bombardeo ha sufrido variantes bastante marcadas durante la noche del 21 al 22, y se ha calmado sensiblemente á las cinco de la mañana; pero ayer empezó con nueva violencia, y el 16 distrito particularmente, ha recibido gran número de proyectiles. Las granadas lanzadas por las baterías de Chatillon, Bagneux y Meudon, han alcanzado los barrios de Montrouge, de Grenelle, de Vaugirard, del Jardin de Plantas, del Panteon, del Luxemburgo, de San German y del Val-de-Grace; este último ha sufrido mucho. Tambien ha caido un cierto número de granadas en los barrios de Auteuil y de la Muette; la mayor parte han alcanzado el reducto del Point-du-Jour, la estacion de Auteuil, las inmediaciones de Sainte-Périne, y una ha caido por primera vez en la calle de Ranelagh.

Han empezado dos incendios, sofocados en breve.

En esta noche ha empezado tambien el bombardeo de Saint-Denis, resultando un total de 24 víctimas: 5 muertos y 46 heridos.

DEL 22 AL 23.

El cañoneo dirigido contra Paris se ha calmado un poco desde ayer, y los distritos 5º y 16 tan solo han recibido muchos proyectiles. Aunque varios edificios y 32 inmuebles privados hayan sido alcanzados, los daños materiales tienen relativamente poca importancia. Ha habido tan solo una persona herida, y no ha habido que deplorar ninguna muerte.

En Saint-Denis por el contrario, el bombardeo sigue con extrema violencia. Esta noche en el intervalo de una hora 120 granadas han caido en la ciudad, especialmente al rededor de la catedral, que sirve con particularidad de blanco á los tiros convergentes de las baterías prusianas. La cárcel, demolida en parte, ha debido ser evacuada; han sido alcanzadas muchas casas particulares y algunas se han hundido. Aunque los habitantes se han refugiado en los sótanos, 45 personas han muerto y el número de heridos, que no se conoce aun exactamente, es igual al menos.

En la noche del 21 se han declarado dos incendios en Saint-Denis, causados por el bombardeo; uno muy grave, ha destruido totalmente una fábrica de carton; el otro en la calle de las Ursulinas, en una casa particular que ha quedado destruida en parte.

(Se continuará.)

Poesía.

EL PRADO.

ROMANCE.

Quando el rey Carlos tercero
Trató de dar forma al Prado,
Estaba loco el buen rey,
O por lo menos lunático.
Magníficas son las fuentes
Que levantó en aquel campo
Entre las frondosas ramas
De los poderosos álamos:
Magníficas del Retiro
Las verjas, que por lo bajo
Libertan á sus pensiles
De blancas y hermosas manos:
Y no menos elegantes
Las que en el jardín botánico
Resguardan en viejos troncos
Científicos latinajos.
Mas si todo esto es hermoso,
Si por lo lindo y bizarro
Envidia de otras ciudades
Y en España renombrado
Es de Madrid el paseo,
Tambien lo que de regalo
Suele servir, á las veces
Se convierte en espantajo
De los humanales goces,
Recompensa de pecados,
Paga de lúbricos fines
Y de caricias del diablo.
¡Que es ver llenarse de hombres,
De carrozas y caballos,
De lacayos y cocheros
Y mendigos numerados,
De amigos con enemigos,
De hermanas con sus hermanos,
De parientes y parientas,
De cuñadas y cuñados,
Chicos, grandes; muchos, pocos;
Pobres, ricos; gordos, flacos;
Rubios, negros; lindos, feos;
Sabios, tontos; altos, bajos;
Aquel, de la vida potro,
Del infierno simulacro,
Sentina de amor al uso,
Y tumba del entusiasmo!
¡Que es mirar de mil colores,
Arlequin abigarrado,
Al público de Madrid
Recorrer aquel espacio,
Disputando sobre un pié
Permiso de echar el paso!
¡Que es ver á tanta doncella
De profesion y de trato,
Animales domingueros,
Consultas de bacalao
Faldi-cortas, cari-lucias,
Mani-puercas de estropajo,
Pati-zambas y rechonchas
Ir con su apéndice al canto
Orondas, como naranjas,
Entradas, como teatros,
Camino del hospital,
Buscando tres piés al gato!
¡Que es ver á tanta señora
De rostro amarillo y flaco,
Con la boca apuntalada,
Con el pelo remendado,
Con megillas enlucidas
Como viejo campanario
Dando al público pellejos
De tiempos de Carlos cuarto!
Confusa vela la mente
Perdida entre objeto tanto;
Y en los pliegues de las blondas,
En los reflejos del raso,
En los fingidos matices
De los contrahechos ramos
Y en las nubes con que el polvo

Envuelve grupos extraños,
Finge fantasmas, vestiglos,
Duendes, ángeles y diablos,
Brujas, santos, hechiceros,
Saludadores y trasgos
Que vienen, que van y vuelven,
Que gritan desesperados,
Que vuelan, brincan alegres
Y alzan lamentables cantos;
Que disputan y se rien,
Y se acarician ufanos;
Que se esconden, que se asoman
Y se borran en lo vago
Del hervidero en que andan
Columpiados al acaso.
Allí brillan seductores
De amor y vida inflamados,
Ojos negros centellantes,
Herencia del africano,
Pronósticos de placeres
E instrumentos de dar chascos.
Acullá son dos capullos
De rosa los que en un campo
De nácares transparentes,
Robando forma á unos labios,
Sueltan en gratos acentos
Cebo para los incautos,
Dulces para los golosos,
Dulces que se pagan caros
Con el oro de la bolsa,
Con la salud y el descanso.
Mas allá tras negro velo
Misterioso y embozado
Oculta una erisipela,
Dos berrugas y un emplasto,
Doña Lagarta Quiñones,
Condesa de lo gastado,
Marquesa de trapisonda,
Y baronesa de abasto,
Viuda de cinco maridos
Que, pensando en el octavo,
Ha declarado su cuerpo
Convertido en puerto franco.
Tras ella van dos donceles
De los de cigarro habano,
De los de luenga melena
Y faldon de tapa-rabo
Mimbreado las cinturas,
Cantando los Puritanos,
Saludando á quemaropa
Y recogiendo catarros.
Suenan requiebros y quejas:
Andan ligeras las manos:
Doña Ana cita á don Roque;
Doña Tecla á don Pancracio;
La duquesa de seis Torres
Da celos á un diputado
Porque al salir del Congreso
No quiso ofrecerla el brazo:
Un benemérito hortera
Pisa por desgracia el galgo
De Carlota: chillá el perro;
Acude un galán, de cuatro
Que van siguiendo la pista,
Carlota dice: « ¡Qué bárbaro! »
Y el galán hecho un Vesubio
Alza el furibundo brazo,
Y en vez de dar al ropero,
Se descoyunta una mano
Contra una rueda del coche
Del marqués de Torrecampo.
Tres ministros de la guerra
En cuarteles de verano,
Van con sus caras mitades
A favor del entorchado
Carcomiendo sus laureles
Y sus cruces empolvando.
En pos de ellos seis coristas,
Tres médicos homeopáticos,
Un artifice en pelucas,
Un niño y dos literatos:
Disputan de higiene pública,
Del bemol y del becuadro,
De los bisonés con muelles,
De Carlos el hechizado,
Y confúndense y revuelven

En tropel informe y vario
Sus palabras, sus acciones
Y pensamientos extraños.
En aquel coche va Juana,
Señora del garabato,
Sobrina de un arzobispo
Y nieta de un abogado:
Hace un año que iba envuelta
Entre miserables trapos;
Y hoy gasta landó, berlina,
Tilbury, monta á caballo;
Corónase de brillantes,
Y en magnífico palacio
Recibe á la aristocracia
Con lujoso desenfado.
Aquel cabriolé modesto
Pertenece á un empleado
Que era sastre de portal
Hace tres ó cuatro años:
El marido de una tia
De la prima de un lacayo,
De la madre de la novia,
De un portero de palacio
Interpuso su favor
Y consiguió colocarlo;
Y lo colocó en tal forma,
Y él tuvo tan buenas manos,
Que ya no quiere el destino
Y contrata vestuarios
Para el valeroso ejército
Que se bate contra Carlos.
Cruzan, se aprietan y apiñan
Hombres, mujeres y ancianos
Sepáranse y se reúnen,
Y se equivocan, pensando
Hablar con quien antes iban.
El uno por dar la mano
A un amigo, entre las suyas
Tiene la de su adversario;
Otro por dar un billete
A la mujer de su agrado,
Pone el papel amoroso,
Feliz, contento y ufano,
De una secular abuela
En los dedos descarnados.
Este al decir: « Yo te adoro »
Tropiézase con el chasco
De que le responde: « Gracias »
Con voz varonil de bajo
Un hombre moreno, bizco,
Cejijunto, gordo y chato.
Quien al ver un cuerpo airoso,
Tiende el atrevido brazo
Y en vez de topar con cuerpo,
Halla solamente trapos.
Suelta Adela el abanico
Porque lo recoja Eustaquio;
Y lo recoge un chiquillo
Que encima pide dos cuartos.
Dolores que por la calle
En brevísimos zapatos
Vino luciendo sus piés
Lujosamente descalzos,
Apenas llega á ponerlos
En las arenas del Prado,
Siente que feroz la pisa
Con bota llena de clavos
Un monstruo de carne y hueso,
Coloso de un embuchado.
Rasga Isabel su mantilla,
Fruto de tantos trabajos,
Con los botones de un fraque
Por desgracia cincelados:
Y en esto llega la noche
Con su denegrado manto
De relucientes estrellas
Y luceros salpicado
Crece el vaiven y el ruido,
Sombras y grupos fantásticos
Vagos, inciertos, perdidos,
Misteriosos murmurando
Parecen y desaparecen,
Pasan por los arbolados
Y hácia las cercanas calles
Dirigen sus lentos pasos.
Ruedan ligeros los coches,

Chascan los crugientes látigos,
Ladran perros, gritan hombres,
Trotran airoso caballos
Y lejos en los cuarteles
Los tambores redoblando
Anuncian las oraciones
A los dispersos soldados.
Mudo, desierto, sombrío
El salon se va quedando
Como inmenso cementerio
En los solitarios campos:
Murmura la fresca brisa
Entre los desnudos ramos,
Y mezcla sus tristes ecos
Al rumor que hacen los caños
De las esculpidas fuentes
Sus raudales derramando.
Cayó el telon; finó el drama;
Abandonados los palcos
Están; oscuras las tablas
Y vacíos los escaños.
Allá en la ciudad inmensa
Cada cual llega á su cuarto;
Canta ó llora, come ó brinca;
Se agita desesperado,
Revive en lo venidero,
O descansa en lecho blando;
Solo yo á quien la tarántula
Picó de ser literato,
A la luz de una bugía
Las nocturnas horas paso
Con Calderon y Quevedo,
Con Byron, Dumas y Taso
Quemándome las pestañas
Por conquistar un aplauso.
Y aquí se acaba el romance
(Que ya es hora de acabarlo)
Sosteniendo á toda costa
Y repitiendo, que cuando
El buen rey Carlos tercero
Trató de dar forma al Prado,
Su majestá estaba loco
O por lo menos lunático.

L. G. B.

No hay mal que por bien no venga.

I.

Principiaba á despuntar la aurora de un hermoso día de junio por los años de mil seiscientos y pico. El aspecto de la campiña en la provincia de España, teatro de los sucesos que voy á referir á mis lectores, era sobre poco mas ó menos el mismo que en la actualidad: mucha naturalidad, poco arte, abundancia de los productos espontáneos de nuestra comun madre la tierra, escasez de frutos heterogéneos y arrancados por el hombre á fuerza de trabajo y sudor. Somos los españoles muy consecuentes, y siempre vemos las cosas bajo su verdadero punto de vista; y hablando con toda franqueza, vale mas la amarga bellota de silvestre encina con que nos regala pródiga la naturaleza sin tener mas trabajo que el de apalea un árbol para procurarse abundante provision, que el mas sabroso melon de cuantos produce la fértil huerta de Valencia.

Pero dejando esto aparte, por no ser del caso, seguiré el hilo de mi cuento, ó mas bien lo empezaré diciendo que en la antedicha madrugada, la luz que de Oriente principiaba á salir, alumbraba un espeso bosque situado en la provincia de Córdoba. Ya se alcanzará á mis lectores que no era el bosque solo el alumbrado, porque si así fuese, mi historia se acabaría antes de empezarse y todo estaba dicho; sino es que habia en la selva un bípedo racional que participaba por natural consecuencia de la claridad matutina y del que trataré de dar una idea abreviada.

Era un jóven buen mozo, segun se verá despues, envuelto en una larga capa, con el ancho sombrero de castor que entonces se usaba. A muy poca distancia de él se hallaba atado á un árbol un brioso caballo con ricos jaeces, segun el gusto de la época, y pendiendo del arzon un arma de fuego corta y de ancho cañon, cuyo nombre no recuerdo ahora. Si yo siguiese el manuscrito de donde saco esta relacion, pondria en boca del mancebo un largo y sentido soliloquio, en el cual contaba sus cuitas, sazonándolas con ayes y lamentos, decia cómo se llamaba, qué hacia allí, y concluia dándose al diablo de puro desesperado; pero salvo el respeto debido á nuestros mayores, opino que semejante método de narrar no vale un bledo, porque quita todo el vigor á las peripecias, y no se presta á las sorpresas,

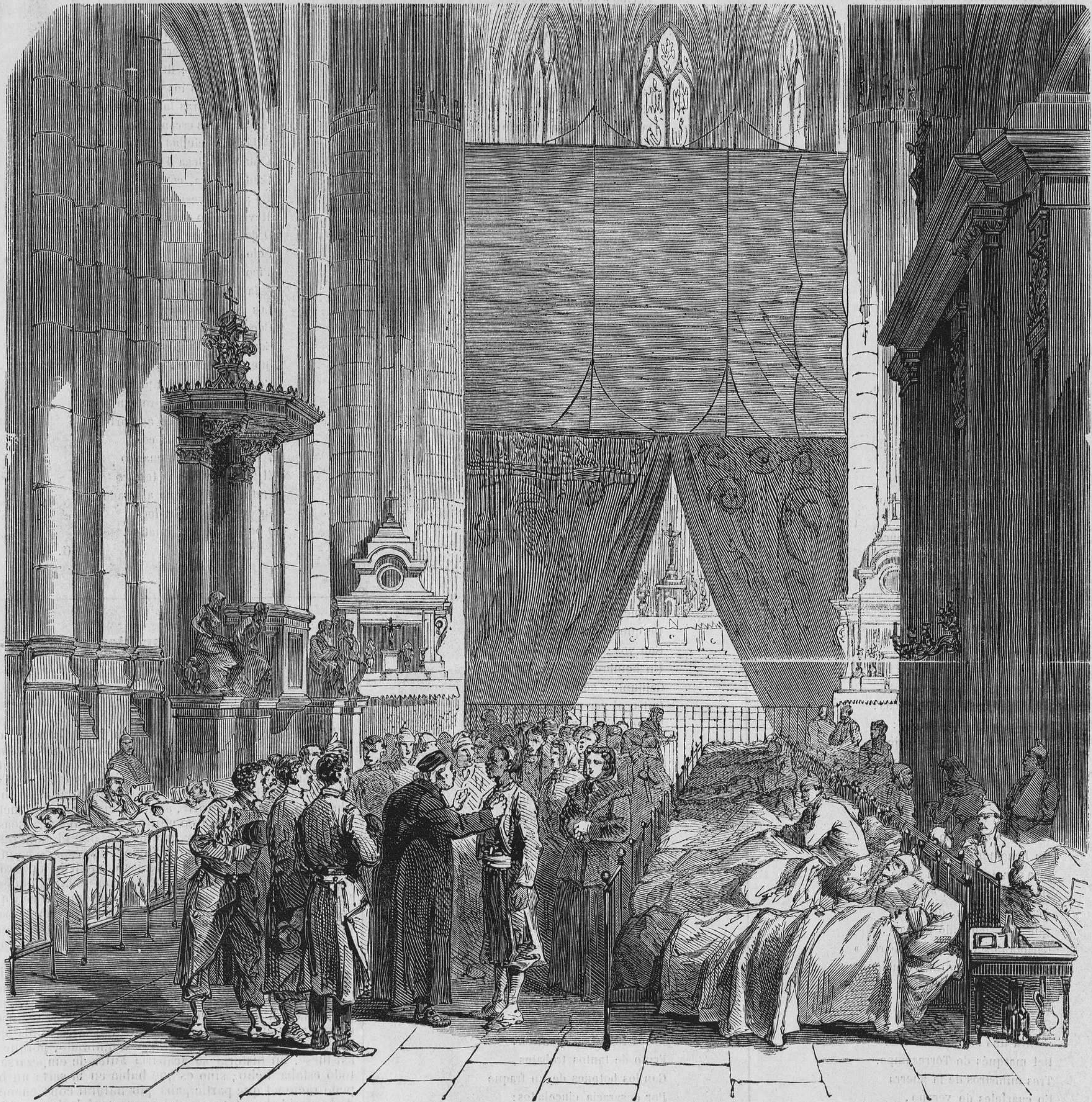
cuadros y golpes imprevistos, que son en el día lo mas sabroso que contienen las novelas, cuentos y consejos. Suprimo, pues, el soliloquio, y digo que el jóven, dejando atado su caballo tal cual estaba, se fué deslizando con todo silencio hasta salir del bosque y dar vista á un castillo, quinta, casa de campo, ó lo que el lector quiera, que colocado en los límites de la selva, *alzaba al cielo su denegrada y ruïnosa frente*. Aquí vuelve el autor del manuscrito en cuestion á entretenerse de nuevo en hacer una poética descripción por el estilo que indica la frase señalada, y en resumidas cuentas viene á decir que la quinta era el solar conocido de un hidalgo

andaluz de los de pura raza, y que se desmoronaba en ruinas por falta de reparacion que no podia proporcionar la escasa renta del propietario. Y ahora dirá el lector: ¿qué tiene que ver el mancebo de la capa con el solar del hidalgo de pura raza? Paciencia, señor lector, que andando el tiempo todo se sabrá, y bueno es el director del *Correo*, que sin cesar me acosa pidiéndome con lastimado acento original para el periódico, para permitir que dejase yo de atar todos los cabos, y de referir clara y redondamente lo que necesario sea para la perfecta inteligencia del suceso. Digo, pues, de mi cuento, que el mancebo, sin salir absolutamente del

bosque, recorrió con la vista el espacio descubierta que delante de la quinta habia, y presencié la escena que voy á describir.

A poca distancia del castillo se hallaba un coche de los que en aquella época habia, formado de cuero y mimbres y tirado por cuatro fuertes caballos. Junto á la puerta habia unos cuantos hombres al parecer criados y hombres de armas, y salia de ella una mujer jóven, desmelenada y llorosa, que violentamente arrastraban al coche otros dos hombres.

¡Quién podrá describir, exclama aquí el narrador que extracto, el tumulto de encontrados afectos que se mo-



El cura párroco de San Gervasio entregando la medalla militar al soldado africano Ahmet-ben-Bagdad, herido en Champigny.

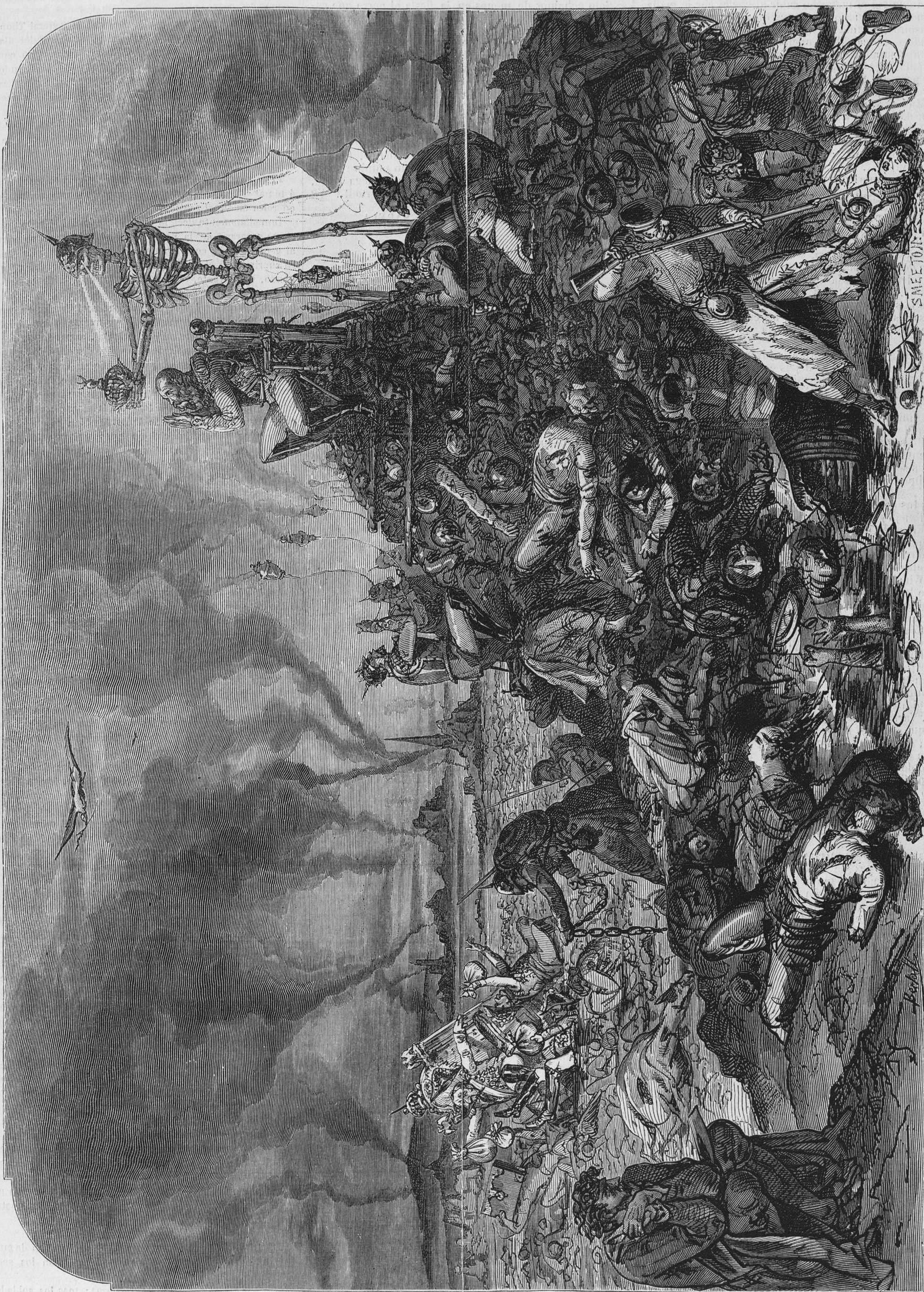
vió en el pecho del mancebo al presenciar el espectáculo! Mordíase los puños de pura rabia, temblaba como un azogado, y de sus encendidos ojos se desprendía lenta lágrima de desesperacion. Mas de una vez puso mano á dos pistoletes que á la cintura llevaba y estuvo para cometer un inútil asesinato; empero quiso su buena suerte que el coche arrancara escoltado de varios cabaleros con tal presteza, que vuelto en sí el desconocido, miró con espantados ojos en derredor de sí, y no viendo nada casi dudó de que fuese real y verdadero lo que acababa de presenciar. Certificó sin embargo sus recuerdos encasquetándose el sombrero con aire resuelto, montó

apresuradamente á caballo y partió velozmente en opuesta direccion á la que llevaba el coche.

II.

El monótono canto de la chicharra anunciaba la abrasada siesta de un día de verano, del mismo en que ha empezado la historia que tengo el trabajo de contar, y que está tomada de un manuscrito contemporáneo. El lector tendrá la bondad de suponer que se encuentra en una venta de las que hay en Andalucía, fermentada y

desmantelada como las de Castilla, pero bien dadas sus paredes de blanco, como allá se acostumbra, y algo menos asquerosa de lo que en el segundo reino se estilaba. En el extenso *zaguan* que servia á la vez de antecala y de cocina yacian durmiendo á pierna suelta cinco ó seis hombres, no siendo interrumpido el silencio que reinaba mas que por destemplados ronquidos. Por tanto nada podemos averiguar en esta estancia, y se necesita penetrar mas adentro si algo hemos de saber de lo que á nuestra historia atañe. Y en efecto, en una habitacion baja, cuya puerta da al *zaguan*, se sienten de vez en cuando algunas palabras, y supuesto que mejor ocasion



1870. — 1871. — Un trono que se hunde y otro que se levanta.

SMEETS

1871

no se presenta, entremos y veamos. En un sitio de nalgal y cuero que ya era antiguo el año de mil seiscientos, está sentada una jóven, que según las apariencias, es la misma que vió el mancebo subir al coche por la mañana. Puesta una mano en la mejilla y lanzando lastimosos suspiros, levanta de cuando en cuando sus húmedos ojos hácia un caballero anciano de severo rostro que pasea apresuradamente la sala con manifiestas señales de enfado. El tercer personaje que se presenta á la vista es un perro de gran tamaño, que recostado á los piés de la jóven, dirige sin cesar los ojos de ella al viejo y del viejo á ella, como procurando inquirir la causa del mal humor de uno y del llanto de la otra.

— Veremos á ver, exclamó el viejo, si yo consigo alguna vez ser obedecido en mi casa. ¡Es mucha desgracia tener por enemigos á sus mismos hijos, y hasta á su propia mujer!...

— ¡Madre mía! murmuró la jóven entre dientes.

— Y ¿cuándo? cuando exijo una cosa que á todos ellos interesa tanto como á mí. Cuando quiero hacer la felicidad de mi hija.

— ¡Mi felicidad! ¡Ah! exclamó la doncella en voz mas clara.

— Vuestra felicidad, sí, señora. Una hija dócil y obediente debería saber que á los veinte años se tienen los cascos demasiado á la galleta para poder conocer lo que conviene. Pero de todos modos ya lo he resuelto, y ya sabeis la suerte que os espera. No hareis mi gusto; no os casareis con el conde, pero las cuatro paredes de un convento os robarán á la vista de vuestro imbécil amante.

— ¡Ah! prorumpió llorosa la jóven.

— Os he dicho ya que dejéis ese plañir y ese gimoteo.

— ¿Ni aun me será permitido quejarme?

— ¡Quejaros! gritó el viejo muy encolerizado. Quejaros porque se os quiere hacer condesa: quejaros porque se os impide ser la mujer de un destripaterrones. Callad, que no sé cómo puedo contenerme.

— Pues bien, dijo la doncella que sintió uno de los momentos de resolucion, de que hasta las personas mas tímidas se ven acometidas en las grandes pesadumbres, matadme, haced lo que queráis: nunca lograreis vuestro gusto.

— ¡Insolente!

Y el viejo se lanzó con gesto amenazador hácia la jóven. El perro dió un aullido lastimero, y simultáneamente se sintió en el *zaguan* un gran ruido de gentes. La puerta de la habitacion se abrió y el mancebo de los pistoletos entró por ella pálido y desencajado. Advirtió el movimiento del viejo, y acercándose precipitadamente le asió del brazo, y dándole un fuerte empuje lo desvió gran trecho de la doncella. El viejo sorprendido miró á su acometedor, y apenas lo hubo reconocido cuando sacó rabioso la espada y corrió á castigar su osadía. El perro, que al entrar el mancebo habia saltado á él llenándolo de caricias, fué la primera víctima del enojo paternal, cayendo al suelo atravesado por una cruel estocada de que tambien alcanzó parte al jóven, que entonces desenvainó su acero. La doncella dió un grito, é hizo lo peor que podia hacer, que fué desmayarse. Varias gentes que se acercaron á la puerta despues que entró el mancebo, quisieron en vano interponerse; el viejo habia *segundado*, y el jóven que con la espada en la mano no se defendia, cayó tambien atravesado de otra estocada. Entonces el viejo miró su obra, y no pudiendo resistir el espectáculo de su venganza, se asustó de lo que habia hecho y se desmayó tambien.

III.

Asustado estoy yo mismo de lo que acabo de referir, y mas de una vez he tenido la tentacion de alterar el manuscrito viejo que me sirve de original, quitándole la terrible escena de que he dado sucinta idea. Sin embargo, no lo he hecho por respeto á la verdad del caso, y porque al fin el resultado no es tan sombrío como cualquiera podria creer.

El lector, con su acostumbrada bondad, tendrá el trabajo de suponer que han pasado dos meses, y de trasladarse á la parte descubierta entre el bosque y la quinta donde una infausta madrugada de un desdichado día tuvo principio nuestra historia. El sol, despues de haber calentado la tierra como suele hacerlo en Andalucía durante las trece horas de un día de agosto, se dispone á abandonar el horizonte, y la brisa de la tarde principia á refrescar la abrasada atmósfera. Una bulliciosa y alegre turba de gentes sale del castillo á respirarla, y entre ella vienen varios antiguos conocidos nuestros.

En primer lugar es la reina de la fiesta la doncella que antes hemos visto viajar en coche tan contra su voluntad, no ya desmelenada y llorosa, sino muy bien peinada y alegre; y vive Dios que hubiera sido lástima el haberla melido monja, porque rostro mas hechicero y ojos mas parleros y amorosos no era fácil hallarlos. Lleva su blanca mano asida á la del mancebo de los pistoletos que ya no está pálido, rabioso ni descontento, sino ricamente vestido, desarmado, alegre y sin señales de herida alguna; y no es por cierto menos bizarro y apuesto que la doncella. Siguelos el viejo de mal humor, que ya conocemos, pero tambien ha sufrido una metamorfosis completa: tiene la cara mas tranquila y satisfecha del mundo, y mira con cariñosos ojos á la pareja anterior. Los demás de la comitiva son parientes y convidados de ambos sexos que no conocemos ni nos hace falta conocer.

Una turba de populacho, criados y aldeanos grita de

cuando en cuando señalando á la doncella y al mancebo:

— ¡Vivan los novios!

Solo echamos de menos en la fiesta al perro que estaba en la venta, y tengo el sentimiento de tener que anunciar al lector que fué la única víctima de la cólera del viejo, y que mas inocente que todos, por todos pagó. No es la primera vez que tal sucede en la tierra.

El citado manuscrito, minucioso como escrito antiguo, se entretiene ahora en relatar multitud de reflexiones filosóficas y morales que omito, porque son absolutamente inaplicables al siglo presente. Da tambien una extensa relacion de la boda; yo la suprimo porque no quiero proporcionar recuerdos tristes para los casados, ni noticias prematuras para las doncellas y solteras.

Díceme tambien el director del periódico, hombre quisquilloso si los hay, que no he puesto nombre á ninguno de los personajes del cuento. El aviso llega tarde, confieso la falta, pero digo con el abate Vertodt: *Ya está mi historia acabada.*

J. VARELA.

Revista de Paris.

Semana de acontecimientos funestos. El 19 de enero ha habido una batalla que comenzó felizmente con la toma de la primera línea de las fortificaciones de los prusianos en Montretout y concluyó precipitadamente con una retirada, el mismo fin que han tenido todas las salidas emprendidas desde el principio del asedio. No puede decirse que haya sido un desastre material de gran consideracion, pues las pérdidas no han resultado enormes; pero sí ha sido un desastre moral, porque se habian fundado las mayores esperanzas en esta operacion ofensiva. Habíase creído que el gobernador de Paris inauguraba la serie de movimientos estratégicos que debian entrar en su plan, del que se ha hablado durante tanto tiempo sigilosamente, plan del que se esperaba el levantamiento del sitio. Hé aquí lo mas terrible del descalabro sufrido en la accion del 19.

¿Por qué pues, el ataque se frustró, sobre todo cuando habia principiado tan brillantemente?

Enemigos de narraciones oficiosas escritas siempre con una parcialidad que desfigura la verdad de los hechos, vamos á resumir aquí los principales datos del parte oficial, que pinta los sucesos bajo su verdadero punto de vista.

El ejército se habia dividido en tres columnas principales compuestas de tropas de línea, de guardia movilizada y guardia nacional incorporada en las brigadas.

La columna de la izquierda bajo las órdenes del general Vinoy, debia tomar el reducto de Montretout y varias casas particulares; la del centro, con el general Bellemare tenia por objetivo la parte Este del cerro de la Bergerie, y la de la derecha con el general Ducrot, debia operar en la parte Oeste de Buzenval, para tomar otras posiciones mas adelantadas.

El primer contratiempo fué que la derecha no pudo llegar cuando debia, sino algunas horas despues, cuando ya el ataque estaba comenzado en el centro y en la izquierda, teniendo la culpa de aquella tardanza una columna de artillería que obstruia el camino.

De todos modos, á las once de la mañana el reducto de Montretout y las casas designadas estaban en poder de los franceses, que habian hecho algunos prisioneros, y el general Bellemare habia llegado á lo alto de la Bergerie, empleando su reserva en mantenerse en las posiciones que habia conquistado mientras recibia refuerzos á su derecha.

Entre tanto entraba en línea la columna del general Ducrot. La accion se empeñó vivamente en Rueil, donde encontró una resistencia encarnizada por parte de los prusianos guarecidos detrás de paredes y en casas con almenas, sin que las tropas de línea y la guardia nacional pudieran ganar terreno por aquella parte.

A eso de las cuatro un formidable ataque del enemigo entre el centro y la izquierda de las posiciones francesas, hizo retroceder á las tropas, que sin embargo, avanzaron despues nuevamente y reconquistaron las posiciones.

Pero llegó la noche, no habia posibilidad de afanzarse en el terreno ganado, y siendo peligroso esperar allí el ataque que seguramente habria tenido efecto al otro día, se decidió el movimiento de retirada.

El parte, sin especificar las pérdidas, dice que son de consideracion, pero que las de los prusianos son mayores, como no podia menos de suceder al cabo de una terrible lucha, que principiada al amanecer no concluyó sino cerrada la noche.

« Es la primera vez, añade en conclusion el parte, que se han visto reunidos en un mismo campo de batalla grupos de ciudadanos con tropas de línea, marchando contra un enemigo fortificado en las posiciones mas difíciles: la guardia nacional de Paris comparte con el ejército la honra de haber atacado aquellas posiciones con valor, á costa de sacrificios que el pais agradecerá profundamente. Si la batalla

del 19 de enero no ha dado los resultados que Paris podia esperar, es sin duda alguna uno de los sucesos mas considerables del sitio, uno de los que proclaman mas altamente la virilidad de los defensores de la capital. »

Por lo que hace á la guardia nacional, el general Thomas, su comandante superior, se expresa en su órden del día en los términos mas satisfactorios. Todos cumplieron con su deber batiéndose valerosamente todo el día, rivalizando en ardor y en denuedo con la tropa y la guardia movilizada. Todo el mundo conviene en que este elogio á la guardia nacional es merecido.

Sea como quiera, la batalla del 19 de enero no ha dado fruto alguno, y la poblacion de Paris sin descorazonarse por el descalabro, reclama con urgencia que se continúen las operaciones ofensivas.

El gobierno, comprendiendo este sentimiento, se apresura á tomar disposiciones que hacen esperar una accion mas enérgica en aquel sentido.

Inmediatamente decidió que el mando del ejército de Paris se separaria de la presidencia del gobierno; se nombró al general Vinoy comandante en jefe del ejército de Paris y se suprimieron el título y funciones de gobernador, quedando, no obstante, el general Trochu de presidente del gobierno.

Todo el mundo hace justicia al general Trochu en cuanto á la defensa; él ha completado y aumentado considerablemente la fuerza defensiva de la capital, armando los fuertes y las murallas, organizando fuerzas, disponiendo la fundicion de fusiles y cañones, convirtiendo en suma, la capital de la Francia en una fortaleza única en el mundo: esta gloria nadie se la disputa, y ciertamente será uno de sus títulos, quizás el primero de todos, á la eterna gratitud de su pais: pero al mismo tiempo todos tambien se quejaban de su inaccion tan perjudicial en estos últimos días en que tanto nos apremia la cuestion de los víveres, y así sucede que su reemplazo al frente de las tropas ha merecido generalmente la aprobacion de los que desean una accion mas decidida y mas enérgica.

Naturalmente la eleccion solo podia recaer en el general Vinoy, cuyos antecedentes militares le dan en Paris una autoridad legítima.

El general Vinoy no se hace ilusiones sobre los peligros de la situacion presente y sobre la responsabilidad que le incumben en estos momentos críticos.

Así lo dice terminantemente en su órden del día. Llamado á tan alto puesto en tales circunstancias, su deber de soldado le impone el deber de aceptar; pero no nos promete nada; muy sobrio de palabras, apela al concurso de los buenos ciudadanos, al del ejército y al de la guardia nacional contra los enemigos exteriores y los interiores, pues desgraciadamente el estado actual ha venido á complicarse con las discordias intestinas.

Con efecto, hay en Paris un partido, por fortuna poco numeroso, que cada vez que las armas francesas sufren algun descalabro, aumenta el dolor público añadiendo á los desastres militares las tentativas de la guerra civil.

Los mismos que el 31 de octubre, despues de la capitulacion de Metz, invadieron el Hotel de Villa, tuvieron preso al gobierno y quisieron suplantarle en una noche de orgía, el sábado último, en vista del resultado que habia tenido la batalla del 19, volvieron á sublevarse con el mismo intento, el de derrocar á un gobierno que cuenta en Paris con la sancion de quinientos cincuenta mil votos.

En breves palabras pondremos á nuestros lectores al corriente de los hechos.

Principiaron por presentarse en la madrugada del sábado en la cárcel de Mazas, cuyo alcaide les abrió las puertas y pusieron en libertad á Flourens, uno de sus jefes, y á varios de sus compañeros, todos ellos detenidos muy justamente por causas políticas.

Aquella banda con su famoso caudillo á la cabeza trató inútilmente de instalar un foco de insurreccion en la alcaldía del 20º distrito; pero en suma, lo que hizo fué apoderarse de 2.000 raciones de pan destinadas á los indigentes de Belleville y cometer algunas fechorías por el mismo estilo en las tiendas de las inmediaciones: sin embargo, á las seis y media de la mañana se habia ya restablecido el órden sin efusion de sangre.

Parecia pues, asunto concluido, cuando á las pocas horas comenzaron á bajar hácia el Hotel de Villa grupos de revoltosos, muchos de ellos armados, pues pertenecian á uno de los batallones de marcha de la guardia nacional.

Sucesivamente entraron en el palacio municipal, que desdela intentona del 31 de octubre ha dejado de ser residencia del gobierno, dos diputaciones que fueron recibidas por los miembros del ayuntamiento, y salian ya estas diputaciones en buen órden, á punto que otro grupo de guardia nacional compuesto de 150 hombres con oficiales y trompetas, desembocó en la plaza.

Entonces se trabó el combate.

El Hotel de Villa estaba custodiado por un batallon de guardia movilizada, y contra esta fuerza dispararon los sediciosos.

Un jóven teniente recibió tres balazos; mas los soldados provocados de aquel modo confestaron con un fuego de peloton que hizo bastantes víctimas.

No acabó aquí tan triste lucha. De repente se abrieron ventanas en las calles contiguas y por ellas los alborotadores dirigieron un nutrido fuego contra el Hotel de Villa; fuego que no cesó hasta que las tropas reunidas en la plaza tomaron las casas y prendieron á los hombres que tan criminal uso hacían de las armas que el gobierno de la defensa nacional les confió para luchar contra el extranjero.

¿Qué diremos sobre esta odiosa tentativa que tuvo efecto al ruido de las bombas prusianas que caían con mas furor que nunca sobre los desgraciados habitantes de la orilla izquierda del Sena?

Diremos lo que dijimos ya sobre la del 31 de octubre, lo que dice en su inmensa mayoría la población de París, que tales atentados, obra de unos pocos, no deben turbar mas el reposo, el orden y la concordia que son tan necesarios en estos momentos angustiosos y terribles; que el gobierno debe tomar medidas eficaces contra sus autores, y principalmente debe evitar que tan criminales excesos se repitan.

Esta vez no creemos que el hecho quede impune. Ya muchos de los revoltosos están en la cárcel sometidos á la jurisdicción de los consejos de guerra; se ha prohibido la publicación de dos periódicos, el *Reveil* y el *Combat*, que excitaban diariamente á la guerra civil, y por último, se han cerrado los clubs, donde todas las noches se ensalzaba al comunismo y á la demagogia.

Tenemos, pues, en la semana que acaba de pasar un descalabro militar y un motin que ha hecho correr sangre; pero aun no hemos concluido la relacion de los sucesos de esta semana que hemos calificado de funesta.

Las noticias llegadas de las provincias han puesto el colmo á una situación que se ennegrece por momentos.

Sabido es cuánto contaba París con el auxilio que debían prestarle los ejércitos de fuera, especialmente el del Loira mandado por Chanzy, que tanto se ha distinguido por su bizarría en la obstinada lucha que sostiene con los elementos improvisados de que se compone su ejército, contra las fuerzas aguerridas, disciplinadas y muy numerosas del príncipe Federico Carlos y del gran duque de Mecklemburgo.

Ahora bien, las noticias recibidas nos dicen que Chanzy al cabo de dos dias de brillantes combates, en vez de venir en nuestro socorro, ha debido replegarse, habiendo dejado en manos de los prusianos mas de 10,000 prisioneros. Su retirada era difícil, dice el parte, y otros informes hablan de muchos miles de fugitivos; un nuevo desastre.

Y no es todo aun: en el Norte y en el Este los generales Faidherbe y Bourbaki han tenido otras derrotas, que les imposibilitan de acercarse á nosotros, por lo cual París se encuentra entregado á sus propios recursos, sin esperanza alguna de los auxilios con que ha contado.

Apenas hace veinte y cuatro horas que se saben en la capital estas últimas noticias de los descalabros en el Norte y en el Este, y ya tenemos que notar aquí hasta qué punto su extremada gravedad puede influir en el desenlace del sitio.

Con efecto, el partido de la capitulación, que no se ha atrevido á dar señales de vida desde que se rompieron en Versalles las negociaciones del armisticio, pronto hará tres meses, levanta la cabeza y proclama la inutilidad de prolongar por mas tiempo la resistencia.

A esto hay que agregar que los víveres se acaban, que el pan negro que se distribuye en las tahonas á esta población privada, digámoslo así, de todo otro alimento, es escaso y falta para muchos, ocasion que los partidarios de la capitulación esperaban con ansia para elevar la voz en favor de los niños y las mujeres expuestos á perecer de hambre.

No hay duda que en París como en todas las plazas sitiadas, la falta absoluta de comestibles debe marcar el término de la resistencia, y á decir verdad, aunque el gobierno se ha encerrado sobre este punto en un silencio completo, creemos firmemente que ha llegado para nosotros tan terrible caso; pero lo que no podemos comprender es que quinientos mil hombres hayan de entregarse sin hacer una tentativa desesperada para romper las líneas enemigas y prolongar la defensa de su patria á campo raso. Que se repita en París y en mayores proporciones el espectáculo de Sedan y de Metz, es cosa que esperamos verla para creerla, sobre todo habiendo hombres tan decididos, que si de algo se quejan en medio de sus privaciones y penalidades, es de la inacción en que están cuando poseen hace muchas semanas los elementos que el gobierno consideró necesarios para emprender la ofensiva en buenas condiciones. El descalabro del 19, ya lo hemos dicho, no les arredra; su deseo es combatir y ahora que acaba de ponerse al frente de ellos el general Vinoy, lo que supone un cambio en el sistema seguido hasta el dia, ahora que la cuestion de los víveres apremia, consideran que es llegado el instante de hacer el esfuerzo supremo.

Pero no; en vez del ataque, la capitulación, con la paz por añadidura; pues el rey Guillermo quiere concluir la guerra con la toma de París, quiere firmar el tratado en Tullerías. El gobierno debe saber mejor que nosotros todo lo que significa esta pretension, y debe tener entendido que el país le pedirá estrecha cuenta de lo que ha hecho ó ha dejado de hacer para impedirlo.

MARIANO URRABIETA.

Episodio histórico.

LA MADRE RIVAL.

I.

Por los años de 1412, cuando la minoría del rey Don Juan y la ausencia del infante Don Fernando, llamado á reinar en Aragón, daban á la reina madre Doña Catalina todo el poder que ella podía apeteer, vivía á su sombra la condesa viuda de Castilla.

Esta mujer, que aun no habia cumplido su trigésimo octavo año, unía á una buena presencia el deseo mas descomedido de lucirla, y á un carácter irascible la ambición mas extremada, que como es consiguiente, engendraba en ella otras mil pasiones que le son inseparables. Doña Teresa de Luna vivía en la corte sin poner límite á sus deseos. El favor de la reina no era el solo de que gozaba, su primo el célebre D. Alvaro de Luna, disfrutaba ya de un predominio que le habian hecho adquirir un talento gigantesco y las virtudes políticas mas brillantes. D. Alvaro, mas jóven que ella, casi puede decirse que habia cedido á la fascinante coquetería de la condesa, y el orgullo de esta estaba satisfecho con la lisonjera idea de dominar á quien todo estaba sujeto.

Por aquel mismo año cumplía su décimo octavo la hija que la condesa habia tenido del difunto conde de Castilla, y concluyendo al mismo tiempo su educacion, se hacia necesario que saliese del convento donde hasta entonces habia vivido ó que tomase el velo. La abadesa de aquel se oponía fuertemente á este último partido, porque amando tiernamente á la jóven Beatriz, habia tenido ocasion de estudiar sus inclinaciones, y alejar de su mente la idea de consagrarse á una vida, cuyo menor desagrado es el de condenarse al terrible tormento de morir viviendo.

La condesa, sin embargo de que ignoraba la hermosura y gracias de su hija, hubiera querido evitarse el disgusto de traer á su lado un testimonio de su edad; pero no le fué posible y tuvo que ceder al imperio de la necesidad. Beatriz llegó á la corte, y su aparicion fué un rayo que aterró á su madre: todo cuanto la naturaleza ha podido producir de gracia y de hermosura lo habia prodigado en aquel ángel: sus negros ojos rasgados dejaban leer la belleza de su alma: la sonrisa que adornaba siempre su carminada boca, la dulzura de su carácter, el color subido que aparecía á veces sobre la nevada megilla, su modestia ajena de afectacion.

Beatriz fué presentada á la reina; su vista produjo una sensacion general en la corte. No se hablaba de otra cosa en todas las reuniones; las damas mismas la elogiaban. Dos seres solamente permanecían mudos en medio de aquel entusiasmo, su madre y D. Alvaro; la primera sorprendida de su propia imprudencia no se perdonaba la necia inadvertencia en que habia incurrido; el segundo, herido de muerte con la vista de Beatriz, ni sentía ni pensaba; ¡apenas sabia si existía! Su pasión, como todos los afectos de aquel grande hombre, fué voraz, y cuando hubo despertado del sopor en que le habia sumergido la primera impresion, se convirtió en torrente impetuoso que nada contiene. Su primer movimiento fué arrojarle á los piés de Beatriz y recibir allí la muerte con su negativa ó una ventura infinita con la esperanza; pero una idea horrible le detiene... tal vez Beatriz ama á otro hombre y él va á leerlo en sus ojos. ¡Jura exterminar!... pero ¿á quién?... corre al cuarto de la reina, le declara su amor, ó mejor dicho su locura, vuela á la presencia de su amante, y con un hierro en la mano la amenaza con el suicidio si no favorece sus miras. La condesa astuta conoce la impetuosidad de su carácter; la vida del favorito le era necesaria y quiere conservársela; otra víctima pide su saña y jura inmolarla. Procurando dulcificar sus palabras temple el ánimo del enamorado jóven, le hace entrever esperanzas y aconseja la calma y prudencia tan necesarias para conseguir; ella misma se ofrece á servir sus amores dándose por muy satisfecha de un prometido enlace que asegura el bienestar de su hija querida.

A partir de entonces el enamorado D. Alvaro no omite medio de hacerse amar, y la cruel condesa nada que pueda hacer perder á los ojos del amante todo el mérito de la amada. El primero consiguió su objeto. Beatriz no pudo dejar de ser sensible á la acendrada pasión de un hombre que tenia mil títulos para ser querido; y despues de un año de tormentos, el apasionado jóven vió abrirse el cielo de la esperanza. Pero... Beatriz no habia nacido para gustar de una felicidad completa; apenas acababa de ofrecer un amor puro á su amante, cuando empezó á experimentar la mas singular variacion de carácter en aquel; tan pronto llegaba á su lado risueño, contento y festivo, como volvía en un estado de frenesí que le hacia desconocer.

Todo el amor de Beatriz no bastaba á calmarle; ninguna explicacion daba de tanto capricho; si en aquellos momentos su amante queria tranquilizarle, parecia que cada palabra cariñosa era una chispa eléctrica que le ponía en combustion. Por mas de una vez tuvo Beatriz el pesar de ver correr la sangre de Alvaro por las heridas que le habia hecho una espada enemiga. Esta conducta era incomprendible para la enamorada jóven. Sus preguntas no tenían el resultado apeteido; no aclaraban aquel misterio; si el fogoso amante estaba satisfecho, no la daba otra respuesta que sus caricias; si por

el contrario, su espíritu estaba dominado por uno de aquellos vértigos que solían acometerle, se limitaba á pronunciar monosílabos que le daban á entender que ella era la causa.

El delirio del de Luna habia llegado á un grado difícil de describir; una tarde, en fin, se acerca á él una mujer, cuyo rostro tapaba un amplio manto, y pone en sus manos un pliego, desapareciendo inmediatamente. Abre el papel con precipitacion y lee: « A las doce en punto » de la noche os espera á la puerta de vuestra casa quien os quiere descubrir la negra traicion que os ridiculiza. » D. Alvaro ha comprendido lo que el papel quiere decirle; son las siete; cinco horas faltan para las doce; un siglo es la primera; mil la segunda; su impaciencia no tiene límites en la última; de pié sobre el umbral de la puerta espera con ansia que el reló suene la media noche. Ningun ruido le dá indicios de que otro ser espera como él; estaba á punto de perder la paciencia cuando suena la campana de la vecina torre; su corazón repite los golpes de aquella, y en breve distingue un bulto negro que en la oscuridad se dirige hácia él. Impaciente quiere preguntar, pero el bulto poniéndole una mano suave en la boca, le coloca una venda en los ojos, y le arrastra tras sí.

Cerca de media hora habian tardado en caminar, cuando una serie de escalones que se presentaron á las plantas de D. Alvaro le hicieron conocer que el lugar de la escena cambiaba de altura.

Detúvose la persona que le guiaba, y quitándole la venda y señalándole á una puerta: *entra*, le dice y desaparece. El jóven hubiera querido mas explicaciones, pero ni encuentra ya á su conductor, ni ve delante de sí mas que la puerta. Su curiosidad era mucha para permitirle que permaneciese mas tiempo inmóvil.

Empuja la puerta, pero ¡oh sorpresa! en el mismo momento un jóven desaparece por el balcón que da al jardín: una mujer medio desnuda se incorpora en un lecho y sobresaltada da un grito; los vestidos de un hombre esparcidos por la estancia dan á conocer que el que se ha escapado no ha tenido el tiempo suficiente para cubrirse del todo. El atónito D. Alvaro apenas comprende lo que quiere decir todo aquello; pero vuelve la vista hácia la desventurada, que incorporada en el lecho manifiesta su sorpresa.

— ¡Beatriz! exclama furioso, y va á lanzarse hácia ella con la espada desnuda; pero en el mismo momento la condesa, rodeada de criados y gente armada, y acompañada de una multitud de personas, se presenta y le detiene.

— ¡Qué vais á hacer! A mí me toca su correccion.

II.

Trece meses habia que D. Alvaro de Luna luchaba con la pena que habia herido su corazón en la terrible noche que mencionamos en otra parte. Las artificiosas caricias de la condesa de Castilla no bastaban á disminuir su dolor. Un denso velo habia cubierto aquella escena; nada habia podido averiguar despues de tan fatigosa noche, y la criminal mujer que causaba tanta amargura, encerrada en un claustro esperaba en breve el momento de consagrar á la penitencia el resto de una vida que le era odiosa.

Una noche en que el de Luna, con la cabeza apoyada en las manos meditaba sobre la facilidad con que podemos engañarnos en nuestros juicios, oyó una voz extraña, y alzando los ojos vió delante de sí un anciano, cuyo hábito indicaba haberse consagrado á la vida monástica.

— ¿Quién sois? ¿qué queréis?

— Que me otorgueis una gracia.

— Hablad.

— Un hombre que está próximo á comparecer ante el tribunal del Supremo justiciero exige veros.

— ¿Y con qué fin?

— Se niega á recibir el socorro espiritual si no se le concede este favor.

— Guíadme.

No habian andado mucho cuando el conductor de D. Alvaro, acercándose á una cadena que colgaba junto á una enorme puerta, tiró de ella; un minuto despues subían uno y otro una ancha escalera. Al fin de un claustro se veía otra puerta mayor que las que simétricamente estaban colocadas en toda su extension; el religioso hizo abrir esta como la anterior, y en breve se vieron los dos delante del lecho del moribundo. No le era posible adivinar al de Luna el motivo que tuviese el enfermo para desear su vista, y ardía en impaciencia porque se explicase; pero el infeliz parecia mas un cadáver que un ente animado.

Esperó bastante tiempo el impaciente caballero antes que el desgraciado articulase una sola palabra; pero volviendo como de un sueño, exclamó en voz moribunda:

— No dejes morir á un cristiano sin penitencia...

— Aquí estamos, hijo, le dijo un religioso que tenia en la mano una imagen de Cristo crucificado, aquí estamos prontos á recibir vuestro acto de contrición...

— No lo haré si no es en presencia de D. Alvaro de Luna.

— Ya le teneis delante, dijo el mismo D. Alvaro.

— ¡Ah, señor, perdonadme!... ó mas bien no me perdoneis, y así habré perdon en la vida eterna... Escuchadme... En el convento de Nuestra Señora de Guadalupe, á trece leguas de aquí, hay una mujer... esta mujer, á quien yo no conocía, fué víctima de la ven-

ganza de otra mujer, á quien por mi desgracia conocía demasiado... yo era el agente secreto de la condesa de Castilla... (un movimiento convulsivo agitó todos los miembros de D. Alvaro). Por algun tiempo se limitaron las arterias de esta, continuó el moribundo, á propalar especies calumniosas contra su víctima, á hacer llegar á vuestras manos anónimos, y otros avisos que os ponian en un estado difícil de describir; por último, meditó el golpe que habia de consumir el sacrificio... yo fui el instrumento... os hizo conducir con engaño al cuarto de la desventurada, que con la calma de la inocencia dormía profundamente: lo que allí pasó ya lo sabeis; el que se escapó del bateon fui yo, que tuve cuidado de ocultaros mi edad y deforme figura para hacer os creer mejor la estratagemá...

III.

El sonido de una lejana campana anunciaba á D. Alvaro de Luna el fin de sus fatigas, pero un secreto presentimiento le tortura, no puede explicarse el motivo, sin embargo, tanto cuanto desea la entrevista que viene á solicitar; aquella campana le anuncia la próxima profesion de alguna nueva víctima del cláustro; la vista del convento donde está encerrado el objeto de su amor le distrae de las penibles reflexiones que esta circunstancia despierta en él.

Pocos momentos despues ve dos mujeres, que caminando con mesurado paso se acercan á la puerta que tienen delante de sí; el talle y formas de la una le son muy conocidos, y habria volado á echarse á sus piés si el temor de disgustarla no le hubiera detenido; su fiel Fernando ha corrido ya y pone en las manos de Beatriz el pliego que de antemano tiene preparado; su amor, su arrepentimiento, todo está pintado allí. Beatriz devora con los ojos aquel escrito, un rayo de gozo ilumina su rostro, ve ya abierto delante de sí un cielo de ventura, ya se alejan de su vista los ennegrecidos muros que tanto horror le inspiran... ¡pero ay... una reflexion destruye toda su esperanza!... Su deshonra ha tenido tan célebre publicidad y la traicion que la causó es tan inverosímil, que lejos de que aquel enlace lave la mancha que la envilece, la ennegreceria mas á los ojos del mundo, imprimiendo un sello de ridiculez sobre el único ser que la ama en la tierra.

Devuelve el pliego al jóven Fernando, y con acento de dolor articula estas palabras: «Volved á vuestro señor... decidle que le amo demasiado para sacrificar su honor á mi reputacion...»

La sorpresa del de Luna solo puede ser comparada á la acerba pena que devora á Beatriz. Entra en el convento donde la espera la terrible ceremonia; ¡ya pronuncia el fatal voto!... los circunstantes la ven reclinarse en el doble almohadon que tiene delante de sí, y esperan largo tiempo á que haya acabado de orar... la religiosa que la sirve de madre, su buena tia, quiere advertirla que la esperán, toca su mar... ¡estaba muerta!

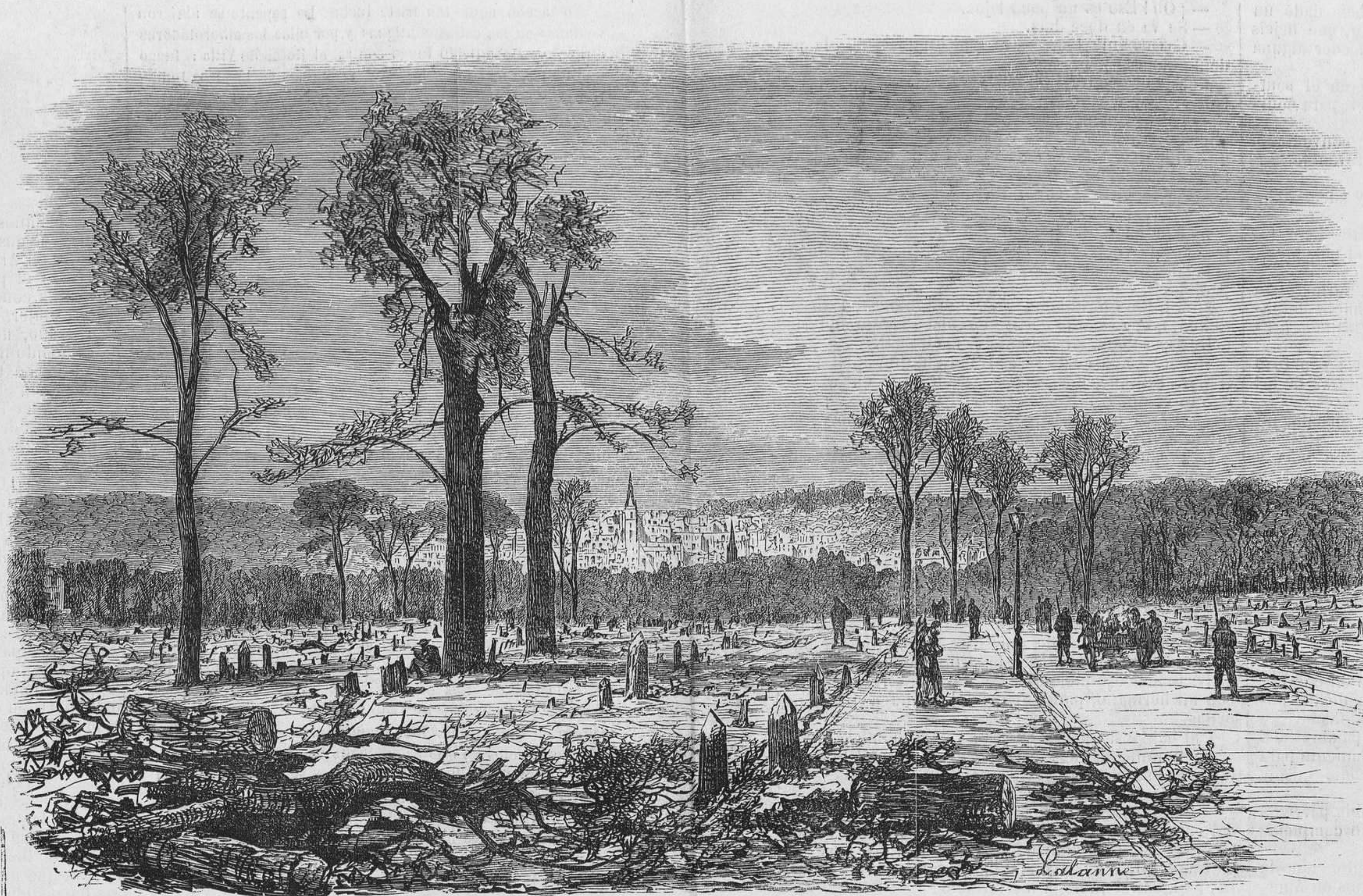
IV.

Al mismo tiempo que se celebraban en el convento de Nuestra Señora de Guadalupe las exequias de una virgen, un pueblo inmenso se agrupaba en derredor de un palacio... el cuerpo de una mujer sin vida excitaba su curiosidad... una daga enterrada en el pecho de la víctima no dejaba ver mas que un rico puño de oro guarnecido de brillantes... en su mano izquierda tenia fuertemente apretada una banda á medio bordar con estas letras: *Teresa de Luna, cond...*

El bosque de Boulogne.

VISTA TOMADA EN LA PUERTA DE AUTEUIL.

Hemos publicado ya diferentes dibujos sobre el aspecto que presentan hoy el bosque de Vincennes y el de Boulogne, esos paseos favoritos de los parisienses; y si volvemos á tratar del mismo asunto, es porque cada dia que



DEFENSA DE PARIS. — La avenida de Boulogne, vista tomada en la puerta de Auteuil.

continúa el sitio se ensancha el círculo de los destrozos que producen los leñadores en los últimos lugares de tan preciosos retiros.

No sin mucha tristeza se distingue un gran vacío allí donde la mirada del paseante se regocijaba descubriendo elegantes alamedas, bonitas plazoletas ó imponentes grupos de árboles. Las hayas y los olmos seculares se hallan convertidos en troncos cortados y hacinados de distancia en distancia.

La vista del bosque de Boulogne que publicamos dará á nuestros lectores una idea de esos destrozos causados por las necesidades del sitio.

A esto hay que añadir las devastaciones de las tropas acampadas en esos terrenos: hacia falta combustible para cocer el rancho, la leña no estaba lejos y los árboles fueron cayendo uno tras otro.

Finalmente, los implacables rigores de este invierno han venido á dar el último golpe. ¿Cómo resistir sin lumbre á tan crueles heladas? No ha habido remedio, ha sido preciso ordenar cortes de árboles; y si esto continúa quedará la tierra pelada donde existian los afamados y hermosos bosques de Vincennes y de Boulogne.

H. V.

La muralla de Passy.

Examinando un plano de Paris se ve que la línea de las murallas afecta una forma ovalada ó circular, cuyo centro estaria entre el Louvre y el Hotel de Villa. Los radios que pueden partir de

ese centro á los diferentes puntos del recinto dividen la superficie circular ocupada por Paris en cierto número de subdivisiones que en geometría se llaman sectores.

Este nombre es el que se ha elegido para las divisiones militares actuales del recinto, que se ha repartido en nueve sectores, de los cuales el primero parte de Bercy.

Hé aquí los nombres de los sectores, siguiendo su número de órden. Bercy, Belleville, la Villette, Montmartre, les Ternes, Passy, Vaugirard, Montparnasse y los Gobelinos.

Los sectores 1 y 2 están mandados respectivamente por los generales Baroilhet y Callier, y los restantes por los almirantes Cosnier, du Quilio, F. de Langle, de Montaignac, Mequet y de Challié.

Voy á decir aquí algunas palabras del 6º sector, 6 mas familiarmente, de la muralla de Passy, que manda el almirante de Langle. Quien ha visto la muralla de Passy hace tres meses y la ve hoy, no puede reconocerla.

Hace tres meses, desde la puerta Dauphine en donde principia el 6º sector, hasta la de Billancourt en donde acaba, no habia casi ningun trabajo ejecutado, casi ningun cañon instalado; ¡y era, sin embargo, el punto mas débil de Paris!

Los prusianos, en los numerosos folletos que en estos últimos seis años han escrito sobre el ataque de Paris, y en las lecciones que han dado en sus escuelas militares, han anunciado siempre con una seguridad imperturbable que por ahí contaban penetrar en la capital, casi sin tener que disparar un tiro.

¡Gracias les sean dadas! Si el primer dia, el dia nefasto del 19 de setiembre en que por primera vez sus ejércitos aparecieron en nuestras alturas, hubieran podido efectivamente intentar una sorpresa por Passy, Auteuil ó el Point du Jour, no sucede hoy lo mismo, y esos lugares se encuentran hoy tan bien fortificados, que puede decirse que en cierto modo son inexpugnables.

Mas de 450 cañones, algunos de ellos de 8 kilómetros de alcance, cañones de marina que se cargan por la culata, asoman por todas partes sus bocas amenazadoras. Esos cañones fueron los primeros que el dia 13 de octubre enviaron sus saludos á los soldados del rey Guillermo que no han respondido todavía.

Todas las medidas de precaucion han sido tomadas en torno de los bastiones y á lo largo de las cortinas. Por todas partes se han levantado abrigos para que se amparen de las balas y bombas del enemigo los valientes defensores de las murallas.



DEFENSA DE PARIS. — Vista general del bastion 63 en el sexto sector.

Los parapetos tienen sacos de tierra dispuestos en almenas, de donde partirán los fuegos de fusilería. Los polvorines, los cuarteles, los caminos de ronda, los almacenes, las ambulancias, las barricadas, nada se ha olvidado; en una palabra, la obra de fortificación está completa, y el enemigo no tiene más que hacer que presentarse.

Delante y en torno de las puertas hay toda la serie de obstáculos que recuerdan los antiguos sistemas de defensa y proporcionan los medios de hacer al enemigo una guerra variada y fructuosa para la defensa.

Tampoco se han olvidado las minas y los torpedos, ni los fuegos eléctricos, á cuyo beneficio se puede distinguir por la noche al enemigo á mas de dos kilómetros de distancia.

Por último, ¿debemos hablar también de los observatorios, de los semaforos, en donde señales convenidas ponen de día y de noche al sector en comunicación con todas las puertas y la plaza de Paris, y en donde hay anteojos marinos y astronómicos, maniobrados por incansables vigilantes, que descubren á lo lejos todos los movimientos de los prusianos?

¿Qué mas diremos? Que el 6º sector tiene un globo cautivo instalado en la plaza del mercado de Auteuil, en el que se puede subir con toda seguridad hasta 300 metros de altura para observar el horizonte.

A lo largo del Sena, en el Point-du-Jour, mas arriba del puente del ferro-carril de Auteuil, está apostada una parte de la flotilla militar, con cañoneras y baterías flotantes, en cuyo número se encuentra la famosa cañonera Farey, hoy amarrada en Billancourt.

¿No hay razón, pues, para decir que esa parte de las murallas de la capital, que era hace tres meses la mas débil, es hoy la mas fuerte? Los que aun pudieran dudar no tienen mas que echar una ojeada á nuestro dibujo, que representa el bastion 63, uno de los mas interesantes del 6º sector. La vista está tomada del ángulo formado por el parapeto de la muralla y el alto del bastion, mirando en dirección del viaducto de Auteuil. Es un conjunto de obras que son á un tiempo amenazadoras y pintorescas.

El estado mayor del 6º sector se halla acampado en el palacio de la Muette, cuyos árboles seculares dieron abrigo al Regente, á Luis XV y á María Antonieta. Todo el mundo vive en buena armonía en esa estancia antes tan pacífica y hoy tan animada; y si no temiera herir la modestia del bizarro almirante de Langle, diría que bajo muchos conceptos es el sector modelo. Básteme haber demostrado al lector que bajo el punto de vista de la defensa justifica ese nombre, que quizás mañana tenga que justificar también ante el enemigo.

L. S.

Escenas de la vida inglesa.

EL OBRERO.

(Continuacion. — Véase el N.º 938.)

Al cabo de una pausa continuó:

— ¿Cuánto os dieron por aquella expedición?

— No me dieron bastante.

— ¿Veinte libras?

— Pues yo os daré cien libras si quereis repetirla, bajo la condición de que habeis de llevar las cosas hasta el último extremo.

Y al hablar así M. Coventry se puso lívido.

— ¡Ah! exclamó Cole, se ve que sois un gentleman.

— ¿Con que aceptais?

— No digo eso. M. Little está muy en regla con las industrias.

— ¿Quereis doscientas libras?

— Grande es la tentación; pero los miembros de la Union no son malhechores. Tenemos nuestras leyes y si un hombre las infringe recibimos orden de acabar con él; mas cuando se halla en regla no hay razón para atacarle... Seria correr muchos peligros... No, decididamente, no levantaré un dedo contra M. Little.

— ¿Os habeis proporcionado una conciencia que antes no teniais? exclamó M. Coventry con amargura. ¿En dónde la habeis hallado?

— Quizás es la vuestra que he recogido.

Al llegar á este punto se oyó ruido en la puerta y una voz dijo estas palabras:

— Tened cuidado, Sam Cole.

M. Coventry corrió á la puerta, la abrió, miró por fuera y no vió á nadie.

— No os incomodeis, dijo Cole, es como si corrierais detrás del viento. Conozco esa voz y puedo aseguraros que no está lejos Grotait. Ahora sí que aunque me ofrecierais mil libras no tocara á un cabello de M. Little, pues estoy persuadido de que toda la jauría se pondría tan furiosa conmigo como antes lo estaba contra él... ¡Diantre!... No seria bonito mi juego... Os voy á confiar un secreto que no he confiado á nadie, ni aun á mi mujer... Si Grotait quisiera, me haria ahorcar...

— ¿Os negais pues?

— Completamente. Pero como me habeis hecho un servicio, quiero daros en cambio un buen consejo. Ha-

beis hablado de este asunto á otro y habeis dado un paso en falso, como veis. Os aconsejo pues, que dejeis en paz á M. Little, sin lo cual os podria suceder alguna desgracia.

Al ver la consternación que se pintaba en el semblante de su interlocutor, Sam Cole añadió para completar el efecto de sus palabras:

— Y creo que el presidio no es un lugar conveniente para un hombre de vuestra clase. Estais prevenido.

La conferencia se acabó aquí.

M. Coventry salió muy descorazonado y además, inquieto por sí mismo.

Si habian oido su conversación con Sam Cole, los ofrecimientos criminales que habia hecho al afilador de sierras podian conducirlo ante la justicia.

— ¡Qué misterioso laberinto, se decia, forman esa confederación de los oficios, en la que se habia descubierto tan imprudentemente confiando sus íntimos proyectos á Grotait!

Desde aquella hora renunció á su venganza y no tuvo mas que un pensamiento, que fué el de librarse de los peligros que corria.

M. Coventry aprovechó la ocasión para ejecutar un proyecto que meditaba hacia largo tiempo.

Se entendió con unos cuantos traficantes en leña y vendió de una vez todos los árboles de su propiedad; y mientras los pobres árboles jóvenes y viejos caian bajo el hacha de los leñadores, el propietario de la posesión devastada desapareció de Hillsborough y de Bollinghope.

XXV.

M. BOLT.

La enfermedad del doctor Amboyne tardó en curarse, y pasaron quince dias antes de que el buen doctor pudiese desempeñar la misión que le estaba confiada.

Un dia por fin Mrs. Little recibió dos palabras del doctor, en que le decia que salia inmediatamente para Cairnhope y la suplicaba le esperase aquella misma noche.

La carta llegó á propósito: M. Bolt no habia parecido y las esperanzas del joven inventor estaban completamente destruidas.

Habia manifestado repetidas veces la intención de atravesar los mares para vender sus privilegios en América.

Mrs. Little, que hasta entonces habia guardado un silencio prudente, juzgó llegado el instante de tratar la cuestión y de preparar á su hijo para la visita del doctor.

— ¿Con que no teneis noticias del invencible M. Bolt? le preguntó.

— Ninguna; es probable que haya dejado la ciudad, viendo que no podia hacer nada.

— Y ha obrado cuerdamente, y vos deberiais seguir su ejemplo. Querido Enrique, ¿cuál es hoy el primer objeto de vuestros deseos? ¿No es el de casaros con Gracia Garden?

— Ciertamente, querida madre.

— En ese caso preparaos, yo voy á hacer que os caseis con ella. ¿Os sorprende? Creo que os habia prevenido hace algunos dias.

Mrs. Little añadió con voz conmovida:

— ¿Olvidareis cuando esteis casado que debeis vuestra felicidad á vuestra madre?

El joven se quedó tan sorprendido, que no supo qué responder á aquel llamamiento que su madre le dirigia con lágrimas en los ojos. La idea de una próxima separación llenaba de amargura las esperanzas de la pobre viuda.

— Voy á principiar por el principio, le dijo. El doctor Amboyne me ha abierto los ojos sobre la conducta de vuestro tío respecto de nosotros en aquella fatal contienda que nos separó hace veinte años. ¿Podreis creerlo? En tanto que se negaba á entregar á vuestro padre la suma de que era depositario, se preparaba á prestarle 2,000 libras esterlinas de su propia fortuna. Si lo hubiera yo sabido antes, me habria arrojado á los pies del pobre Guy. Hoy reconozco todas mis culpas y he suplicado al doctor que así se lo diga. De un momento á otro le espero con la contestación de mi hermano. Vuestro tío me perdonará, estoy segura de ello. Enrique, ¿no quereis entrar también en esta reconciliación?

— Con muchísimo gusto, madre mia. Por mi parte debo obligaciones á mi tío que me complazco en reconocer.

— No es todo aun, querido hijo, vuestro tío os ha hecho generosos ofrecimientos que habeis rehusado. Por amor mio, por el amor de Gracia, por vos mismo, debeis anular aquella negativa.

— ¡Cómo! ¡Vivir en su casa! ¡Esperar á que muera para calzarme sus zapatillas!... ¡Sorprenderme quizá un dia deseando la muerte de un hombre tan noble y tan generoso!... No lo espereis, esa idea no cabe en mi cerebro, ya os lo he dicho.

— ¿Y por qué desear su muerte? Ninguna necesidad tendriais de verle morir, puesto que viviriais con una existencia independiente, aunque medrosa. Dice el doctor que vuestro contramaestre Bayne podria dirigir vuestra fábrica y enviaros el producto. Mi hermano aseguraria un dote á Gracia, que es su ahijada. M. Garden no pide otra cosa. Podriais casaros y hacer juntos el viaje de novios, que aprovechariais para vender vuestros privilegios en el extranjero.

— Sí, se podria ganar dinero en los Estados Unidos.

— ¡Oh! Eso es un poco lejos.

— Se va en doce dias.

— Casaos ante todo, es lo que interesa, dijo la prudente madre.

Enrique se sonrojó de felicidad cuando oyó estas palabras.

— ¡Ah! exclamó, ¡qué tentación! Me parece que veo el cielo entreabierto. Sin embargo, querida madre, hay una dificultad que no teneis en cuenta. Mi tío ha puesto por condición expresa que dejaria el nombre de Little y tomara el suyo. Renunciar al nombre de mi padre... ¡Jamás!

La condición de que hablaba Enrique no aquejaba menos á la viuda que á su hijo; pero comprendió que si dejaba traslucir su sentimiento íntimo, todo estaba perdido.

Mrs. Little sacrificó pues sin escrúpulo, si no sin sentimiento, el recuerdo de su marido á su amor maternal.

La esposa desapareció ante la madre.

— Pero no es como si se tratara de un apellido extraño... Enrique, me obligais á decir cosas que me desgarran el alma... Respondecme francamente: ¿Quién de nosotros dos, vuestro padre ó yo, ha sido vuestro mejor amigo y mas constante?

La pregunta era delicada; pero Enrique no sabia dar respuestas evasivas. Confesó que si su padre le habia querido no era menos cierto que habia abandonado á su esposa y á su hijo en medio de la miseria.

— En tanto que vos, madre mia, añadió con voz enternecida, habeis sido mi única amiga, mi ángel guardián. ¡Ah! ¿Qué podré hacer yo para recompensar vuestro cariño?

— Pues bien, querido hijo, Raby es el apellido de vuestra madre. Permitidme si tengo en mas el nombre de mi padre que el del vuestro (Mrs. Little no pudo contener sus lágrimas cuando articulaba aquella falsedad); tomad ese nombre por mí; para reconciliarme con mi hermano, para poner un término á todas mis penas.

Y al hablar así apoyó su cabeza en el hombro del joven y durante algunos instantes la madre y el hijo confundieron sus sollozos.

Después de una corta pausa, Enrique dijo:

— Se me acaba la energía, no sé qué hacer. Si es duro abandonar una noble empresa, mas duro es resistir á los deseos de una madre como vos... Y luego me preocupa otra cosa... Gracia habia aprobado mi negativa: ¿Qué diria ahora si me retracto?

— Dirá lo que dice ya, que no debeis ser tan orgulloso. Si persistís acabará por creer que no la amais.

Este último golpe produjo todo el efecto que esperaba Mrs. Little.

Enrique la pareció tan bien dispuesto, que solo deseaba la llegada del doctor Amboyne, cuya aparición debia coronar la obra.

Por fin se paró un coche á la puerta y entró el doctor; pero venia pálido, abatido, arrastrándose con gran trabajo.

— ¡Gran Dios! exclamó la viuda, habeis cometido una imprudencia. ¡Qué egoismo el mio, haberos hecho salir cuando no estabais restablecido!

— ¡Oh! contestó el doctor, me siento muy bien de salud; pero estoy muy trastornado.

— ¿Qué hay? ¿No quiere perdonarnos mi hermano?...

— No es eso... ¡Dios mio! ¿Por qué no fuí antes?

— Hablad, en nombre del cielo.

— Vuestro hermano se ha marchado.

— ¿Para una larga ausencia?

— Para una ausencia eterna quizás... ha dejado la Inglaterra.

— ¿Qué oigo? ¿Y por qué? ¿Para ir adónde?

— Nadie ha podido decirme. Lo que sé es que ha vendido sus caballos, despedido á su servidumbre, excepto á un criado que ha mandado al continente. Lo que no comprendo es que se haya marchado sin confiarme sus planes, sin decirme adios, á mí que soy su antiguo amigo, su compañero de infancia. Hay algo en esto que no me gusta.

Mrs. Little levantó las manos al cielo y exclamó:

— ¡Qué hemos hecho! ¡Oh! hermano mio, ¿por qué te he conocido tan tarde?

Fué un golpe terrible para la viuda: desde aquel dia hubo en ella un cambio.

Mientras su hijo y su amigo se esforzaban en consolarla, Enrique distinguió en la verja de la cerca al hombre á quien menos esperaba ver en aquella ocasión, y le designó al instante al doctor, quien le dijo:

— No le recibais, los dolores como el nuestro deben pasarse en familia.

Enrique abrió la puerta de la pieza en donde estaban los tres atigidos, y dió orden de no dejar entrar á nadie.

Cuando el visitante se presentó, la criada le dijo que los amos estaban ausentes.

— No es cierto, contestó M. Bolt penetrando á viva fuerza en la sala. A mí no se me engaña fácilmente... He visto vuestras cabezas por los cristales. Buenos dias, mi querido socio, no me parece que estais muy alegre.

— Con efecto, dijo Mrs. Little, hemos tenido malas noticias...

— Pues yo os traigo una buena para consolaros. He vendido mi terreno y mis materiales á unos imbéciles que van á construir no sé qué, y he ganado en el trato 500 libras. Yo siempre salgo bien en los negocios, ya os lo he dicho.

— Os felicito, M. Bolt.

— No es todo aun, he comprado una fábrica entera y verdadera, *la Estrella*, local, material, obreros, todo es mio.

— ¡La Estrella! ¡Es la segunda fábrica de Hillsborough!

— Lo sé; el dinero todo lo puede. Vamos, querido socio, manos á la obra.

Una chispa de alegría brilló en los ojos de Enrique.

— Bien mirado, dijo, me gusta mas esto.

XXVI.

UN ENTIERRO EN LONDRES.

En el barrio de Londres que llaman *la Cité* hay ciertas callejuelas sombrías que parecen apacibles retiros y que se creían habitadas por filósofos que huyen del ruido y de la agitación de la gran ciudad.

Y sin embargo, aquí está el centro de los negocios y de la especulación industrial.

Una de esas callejuelas contenía, y quizás contiene aun, una oficina pública llena de secretos, los unos tristes, los otros risibles, y espantosos algunos.

Tenia este edificio una fachada estrecha, insignificante, pero muy profunda.

Al Mediodía recibía luz por ambas aberturas que dejaban penetrar abundantemente el aire y el sol, gracias á una vecindad muy singular: en aquel barrio populoso en el corazón de la *Cité*, estaba como encajonada una pequeña iglesia rústica con su cementerio, cuyo césped fresco y verde regocijaba la vista.

Los empleados de la oficina, pobres prisioneros, hablaban en aquel espectáculo cotidiano, al mismo tiempo que una distracción, una lección sobre la fragilidad de la vida.

Ahora bien, el artículo que se vendía en la oficina con la inmortalidad y la administración á que nos referimos, no era otra que la compañía de seguros sobre la vida titulada *el Buitre*, que ya hemos visto funcionar en Hillsborough.

En una tarde anterior á las escenas que acabamos de contar, todos los empleados estaban asomados á las ventanas de la fachada del Mediodía mirando un entierro que se hacía en el susodicho camposanto, y se comunicaban las mas extrañas observaciones, pues es preciso saber que el difunto se había asegurado en la compañía del *Buitre* por 900 libras y no había pagado mas que la primera prima.

Los hechos conocidos eran estos:

Ricardo Martín, natural de Londres y residente en el país de Gales, había ido á Londres á ver á su hermano. Algunos días despues de su llegada los dos hermanos dieron un paseo en barco por el Támesis y fueron á comer á Richmond.

Cuando los cinco barqueros tomaron los remos para el regreso, se hallaban ya un poco alegres, y como se pararon en todas las tabernas situadas á la orilla del río, su alegría se cambió muy luego en una embriaguez bien pronunciada.

En Wauxhall recibieron un aviso amistoso, del que no hicieron caso.

Algunos instantes despues el bote zozobraba, despues de haber tropezado en uno de los estribos del puente de Southwark, y aquellos cinco hombres se gobernaron en su dispersion como pudieron.

Uno llegó nadando á Widdleser, otro llegó á Sarry, otro se enredó en una cadena y le sacaron del agua medio asfixiado.

Tambien Roberto Martín se salvó.

En suma, los cinco salieron bien, y solo Ricardo Martín desapareció en el desastre.

Las pesquisas que practicaron para encontrarle fueron inútiles durante largo tiempo; mas al cabo de quince días se descubrió en Wolwich en medio de los juncos y cañas que crecen á orillas del Támesis, un cadáver que supusieron era el del hombre que faltaba.

Inmediatamente la policía avisó á la familia y á los amigos de Ricardo Martín.

Los amigos no pudieron atestiguar la identidad en razon al estado de descomposicion del cadáver; pero la mujer y el hermano de Ricardo le reconocieron formalmente por ciertas particularidades de la dentadura.

Hasta aquel día los parientes y amigos de Ricardo Martín le habían demostrado una singular indiferencia; su mujer había dicho que no creía que hubiera muerto ahogado, porque sabía nadar como un pez.

La digna mujer afirmaba que su marido habría aprovechado aquella ocasion para abandonar á una esposa á quien no quería con un amor entrañable.

Pero así que se averiguó que Ricardo Martín era difunto, por todas partes no se oyó mas que un coro de lamentaciones y de elogios.

Su hermano recordó que el pobre Dick cuando firmó su seguro en la compañía del *Buitre* había echado una mirada de envidia al pequeño campo santo y le había dicho:

— Roberto, si muero antes que vos, haced que me entierren ahí.

Fiel á sus postreras voluntades, Roberto se fué á ver al guarda del cementerio para obtener la sepultura; y aunque el guarda comenzó por negar, las súplicas del hermano, las lágrimas de la viuda y quizás tambien otras influencias triunfaron de la resistencia.

Acordóse pues, la inhumacion, mediante ciertas condiciones sanitarias.

El funeral se hizo sin ruido ni aparato.

Sin que lo supiera el *Buitre* se abrió la fosa; pero no podía ser lo mismo en cuanto al entierro. Sin em-

bargo, solo le vieron los empleados, pues en aquella ocasion los directores sentados en derredor de una mesa con tapete verde discutian una grave cuestion, á saber: si el *Buitre*, á ejemplo de las demás compañías, aseguraria contra el incendio como aseguraba contra la muerte.

La discusion fué larga y animada.

La minoría sostuvo su parecer con tal obstinacion y la mayoría formó tal empeño en convencerla, que nadie se acercó á las ventanas hasta que la votacion decidió el asunto afirmativamente.

Entonces los miembros del consejo se levantaron estirando las piernas y descubrieron la lúgubre enormidad que ocurría en el cementerio.

Fué un grito general, M. Garden agitó la campanilla; apareció un mozo llamado Edwards y en contestacion á M. Garden anunció que el difunto Ricardo Martín estaba asegurado en la compañía del *Buitre*.

M. Garden vió en esto un insulto mas, puesto que el difunto representaba una pérdida y envió á Edwards á pedir explicaciones.

Edwards volvió al cabo de un instante con Roberto Martín, quien manifestó humildemente que el difunto había tenido el deseo de que le enterraran en aquel lugar y que, con arreglo á lo mandado, había sido enterrado en una capa de carbon de tres piés de profundidad.

— ¿Con que está terminada la ceremonia? preguntó M. Garden.

— No hay mas que echar la tierra. Venid y vereis el carbon

— Idos al diablo con vuestro carbon.

— Ya no tiene remedio, dijo un administrador indulgente... Pero que no se repita, con carbon ó sin carbon.

M. Martín prometió que seria la última vez.

Y un instante despues se le vió en el jardín apresurando á los sepultureros.

El fúnebre séquito se dispersó, no dejando á la compañía de seguros contra la muerte y el incendio otro perjuicio que el de una tumba fresca y una deuda de 900 libras pagadera á los herederos de Ricardo Martín.

No lejos del cementerio en cuestion había un public-house que tenía una sala en el piso principal, y en esta sala había un hombre que observaba atentamente el entierro, aunque parecia en una disposicion de ánimo muy impropia del caso.

Aquel espectáculo parecia regocijarle, puesto que cada escena del lúgubre drama provocaba en él un acceso de risa.

Nunca se había visto en la *Cité* á un hombre riendo tanto y de tan buenas ganas á la hora de los negocios.

¿Quién era este hombre?

Ya lo sabremos en la continuacion de esta historia.

El ejecutor testamentario de Ricardo Martín presentó su reclamacion á la compañía del *Buitre*. Su hermano justificó una delegacion de 300 libras, lo restante se atribuyó á la viuda y todo se pagó puntualmente en el término que la ley marca.

XXVII.

NUEVA CONSPIRACION.

La nueva adquisicion de M. Bolt consoló rápidamente á Enrique Little de la marcha de su tío Raby, marcha que en suma no le había afectado sino por causa de su madre. Poseer un establecimiento bien provisto, donde podria sacar partido de un descubrimiento era el sueño mas grato para el inventor, y así era que con gran impaciencia esperaba la hora de realizarle.

Sin embargo, los dos socios juzgaron prudente ocultar su juego en un principio. Durante un mes la fábrica funcionó sin que se produjera nada nuevo, excepto aquellas reformas introducidas ya en interés de los operarios.

Pero entre tanto preparaban dos piezas contiguas, que llamaron la una *el gabinete*, y la otra *la sala de experiencias*.

Al fin del primer mes ajustaron dos obreros de Birmingham para dirigir las máquinas á puerta cerrada.

Little practicó una abertura en la pared que separaba las dos habitaciones, y por allí introdujeron las sierras en la sala donde estaba la máquina.

Los dos obreros vivian á tres millas de la fábrica; se quedaban media hora mas que los otros y recibian seis libras esterlinas por semana cada uno; con prohibicion de decir una sola palabra respecto de su trabajo.

Entre los dos hacian la labor de veinte y cuatro, por manera que los beneficios eran muy grandes.

El inventor veía realizadas todas sus esperanzas y se creía ya en el camino de la fortuna, esto es, á punto de ser el feliz esposo de Gracia Garden.

Aquel resultado excitó la codicia de Bolt, que se negó á continuar un trato que, segun él decia, le dejaba tan escasa parte en las ganancias.

Los dos socios estuvieron á punto de enemistarse, y para coneluir la contienda Little despidió á los dos obreros de Birmingham y cerró el taller de las experiencias; pero pensando luego M. Bolt que la inaccion es lo peor de todo, consagró abiertamente otra pieza al trabajo de aquellas máquinas, que eran dos, una para las sierras largas y otra para las circulares.

Las dos máquinas funcionaron con gran provecho y M. Bolt se reía de los recelos de su socio.

Mas hé aquí que al cabo de este tiempo, la Union de

los afiladores, que suspendida en un principio, había concluido por medir la situacion, escribió á MM. Bolt y Little una carta muy atenta y hasta humilde, exponiendo que si la nueva invencion llegaba á difundirse, causaria la ruina de la industria actual y mataria de hambre á los obreros y á sus familias, y que por lo tanto, una sociedad que consagraba sus cuidados al bienestar de los obreros, no podia persistir en una empresa que tan fatal debía serles.

Cada uno de los dos socios comprendió de un modo diferente este mensaje.

Bolt se figuró que era una súplica; pero Enrique, ilustrado por la experiencia, vió una firme resolucion y el presagio de una nueva lucha.

No respondieron y las máquinas continuaron trabajando.

Otro aviso, esta vez dirigido á Little, alarmó al inventor, sin que hiciera en su socio ninguna mella.

Dos días despues las correas que hacian maniobrar las ruedas desaparecieron de repente y debieron detenerse las máquinas.

Little pensó ir á ver á Grotait para hacer un arreglo, pero Bolt se opuso, compró otras correas y continuó el trabajo.

Esta tenacidad dió nacimiento á la curiosa epístola siguiente:

« A MM. Bolt y Little.

» Cuando se encuentra la sangre en un estado impuro, se emplean el azufre y la miel como un purgativo suave. La desaparicion de vuestras correas representaba el remedio inofensivo; pero si el mal persiste, suprimiremos la miel, para añadir al azufre una dosis suficiente de salitre y de carbon. Al buen entendedor, etc.

» TANTIR TOPER. »

Little, que había probado ya las drogas con que le amenazaban, se alarmó tanto, que Bolt envió á buscar á M. Ransome.

El primer constable se encerró con los dos socios. Bolt le leyó la carta, y habiendo expuesto el asunto, pidió permiso para hacer esta pregunta:

— ¿Sirve de algo la policía en la ciudad de Hillsborough?

— Pienso que sí, respondió el constable.

— Pues yo lo dudo, replicó el capitalista. ¿Cuántas fechorías de los miembros de la Union, correas robadas, hombres quemados con vitriolo ó con pólvora, etc., habeis descubierto ó reprimido con vuestros agentes?

Debemos decir aquí que M. Ransome era un hombre de alta estatura, lleno de dignidad, con una hermosa cabeza y una barba negra y poblada. Cuando el rechoncho y vulgar Bolt le hablaba de aquel modo parecia un dogo ladrando á un perro de Terranova.

Little, que tenía mas educacion, hizo observar que M. Ransome era un hombre nuevo en la policía.

El constable dió gracias á Little y suplicó á M. Bolt que aceptase una cita para aquella noche y le prometía responder á su pregunta.

La proposicion, á pesar de su extrañeza, fué aceptada por entrambos socios.

Ransome no faltó: llevó á los socios á la parte mas infecta de la negra ciudad, les detuvo á la esquina de una callejuela, dió un silbido y al punto apareció un policeman vestido de paisano que dijo al constable:

— Los dos están en el *Perro manchado* con una docena de compañeros.

El *Perro manchado* era un mal figon compuesto de una sola pieza, cuyo suelo estaba enarenado.

M. Ransome penetró en la sala, y dejó la puerta entreabierto á fin de que sus tres compañeros pudiesen ver y oír lo que iba á pasar.

— Holland y Cheetham, aquí os llaman.

— ¿Para qué?

— Para el negocio Wilde. Se ha entregado y os ha delatado.

Sobre esto los dos interpelados se levantaron y quisieron marcharse; pero M. Ransome les cerró el paso.

Hubo entonces una gran conmocion en la sala.

Se oyeron patadas, blasfemias, amenazas y hasta un ruido de puñales, con el ruido tambien de una pistola que armaban; luego se hizo silencio, pues era M. Ransome el que había sacado la pistola.

— La puerta está guardada, les dijo, y no os escapareis.

Y hablando así, Ransome, veloz como el rayo, entregó su pistola al policeman que estaba fuera, dándole una orden, y luego volviendo sobre sus pasos asió á Holland y á Cheetham por el cuello y los arrastró hasta el pasillo.

Entre tanto el policeman había silbado llamando refuerzo, y los dos malhechores fueron atados y llevados al encierro.

— Tienen encima cinco años de presidio, dijo M. Ransome. Vamos á ver, M. Bolt, ¿he contestado bien á vuestra pregunta?

— No cabe réplica, lo confieso. Ahora os voy á decir; ¿hariais otro tanto por nosotros?

— Haré lo que pueda. Dejadme examinar la plaza puesto que no hay nadie.

Bolt y Ransome fueron á la fábrica; pero Little se marchó á su casa, porque su cuidado mas urgente era la salud de su madre.

(Se continuará.)

Las municiones.

Hemos consagrado á la fabricacion de los cañones todo el puesto y toda la importancia que merece; pero no hemos llegado al fin de nuestra tarea. El arte de destruir tiene ramificaciones infinitas. Despues del cañon la cureña y el tren, luego los tiros, luego los furgones, luego las municiones; no se acaba nunca. Esta enumeracion demuestra suficientemente los trabajos que ha debido ejecutar la defensa de Paris, para impedir que los invasores atravesen los umbrales de la capital.

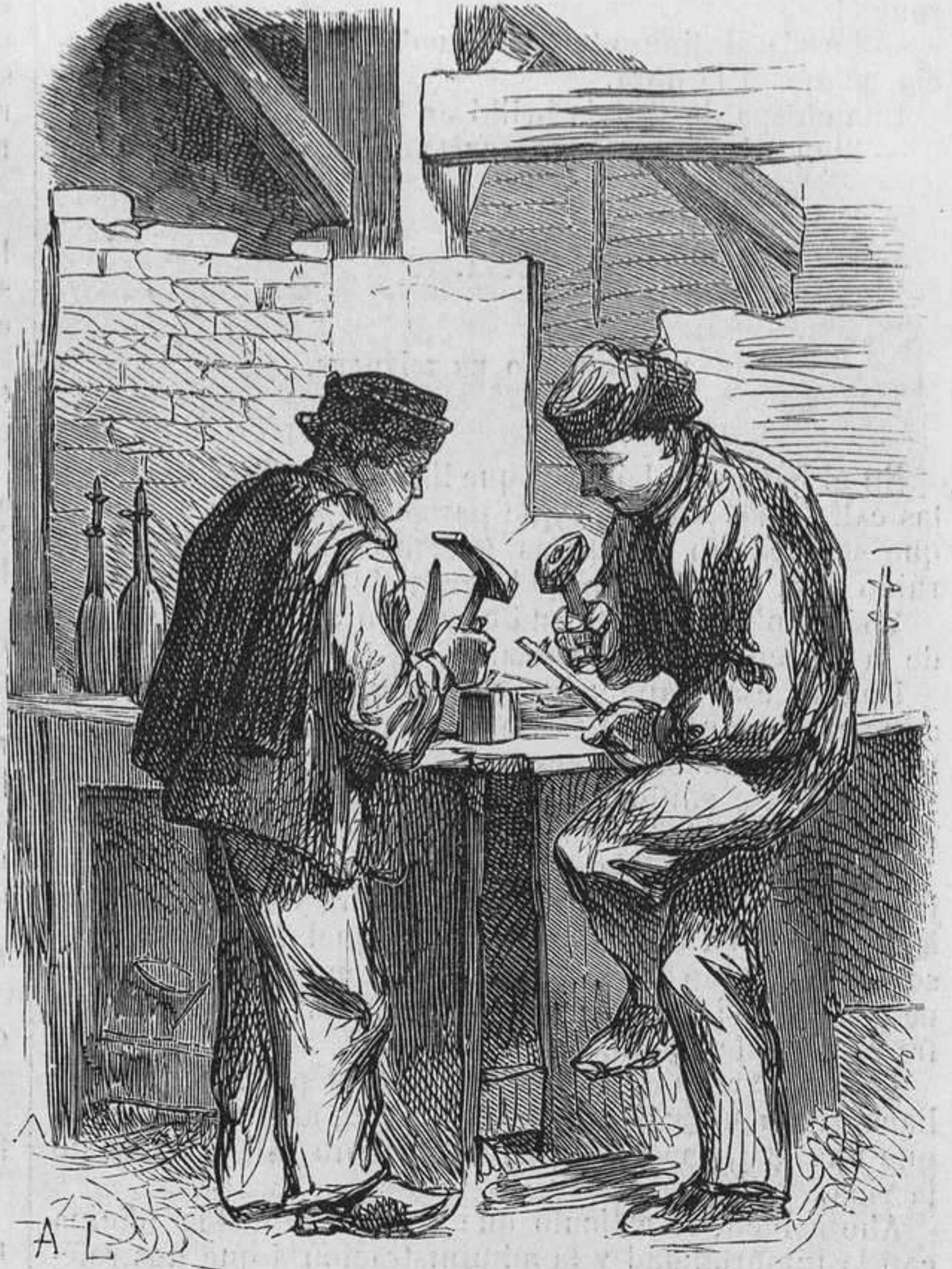
Destruido ó perdido el material de guerra que tenian los franceses, preciso fué reconstituírle, y es sin duda inaudito lo que el gobierno del 4 de setiembre ha debido hacer para alcanzar ese gran resultado. Si trazáramos aquí el cuadro de lo que quedó despues de Sedan en los arsenales y lo que hoy poseen, parecería un paralelo imaginario, aunque al cabo habria que convenir ante la realidad que la jóven República ha repetido verdaderamente los trabajos de Hércules.

Dos cifras darán á conocer de seguida esta obra gigantesca.

Los polvorines estaban casi vacios, y hoy, despues de haber gastado contra las líneas prusianas un millon de kilógramos de pólvora, aun que-



La carga de un horno.



Fabricacion de las espoletas.

dan en los arsenales cinco millones de kilógramos.

Las municiones de artillería se redujeron á una cifra tan insignificante, que en los primeros dias del sitio la defensa temia una serie de ataques á viva fuerza, porque en este caso habrian fallado municiones. Ahora bien, en la actualidad, despues de haber gastado tantas municiones en tres meses, cada una de las piezas de la defensa podria lanzar contra el enemigo muchos centenares de proyectiles.

Así, pues, no hay inquietud ninguna en este punto.

Tratemos ahora de la fabricacion de esos variados instrumentos, ob-



La fundicion en fusion.

servando desde luego las diferencias características que existen entre el fuego de las piezas actuales y el de las que habia anteriormente.

El perfeccionamiento de las piezas ha sido mas notable que el de los proyectiles. Estos apenas han variado: las balas, las granadas y las bombas son hoy lo que eran con la antigua artillería, y si la bala roja está olvidada, las granadas y las bombas se diferencian solo en las materias incendiarias que pueden introducirse en ellas.

Dos palabras sobre cada uno de estos proyectiles.

La bala es el proyectil de forma cónica ó



El moldaje.

esférica, de fundicion de hierro, con que cargan los cañones. Las hay de diversos calibres y formas, segun el calibre de las piezas que deben lanzarlas.

Las balas son macizas ó huecas; las primeras no estallan, y las segundas, llamadas granadas, estallan esparciendo en su derredor metralla y materias artificiales inflamadas.

Se emplean las granadas contra las masas de infantería ó las líneas de caballería. Sin embargo, en el caso de que hablamos, la invencion de las ametralladoras ha reemplazado con ventaja el uso de las granadas.

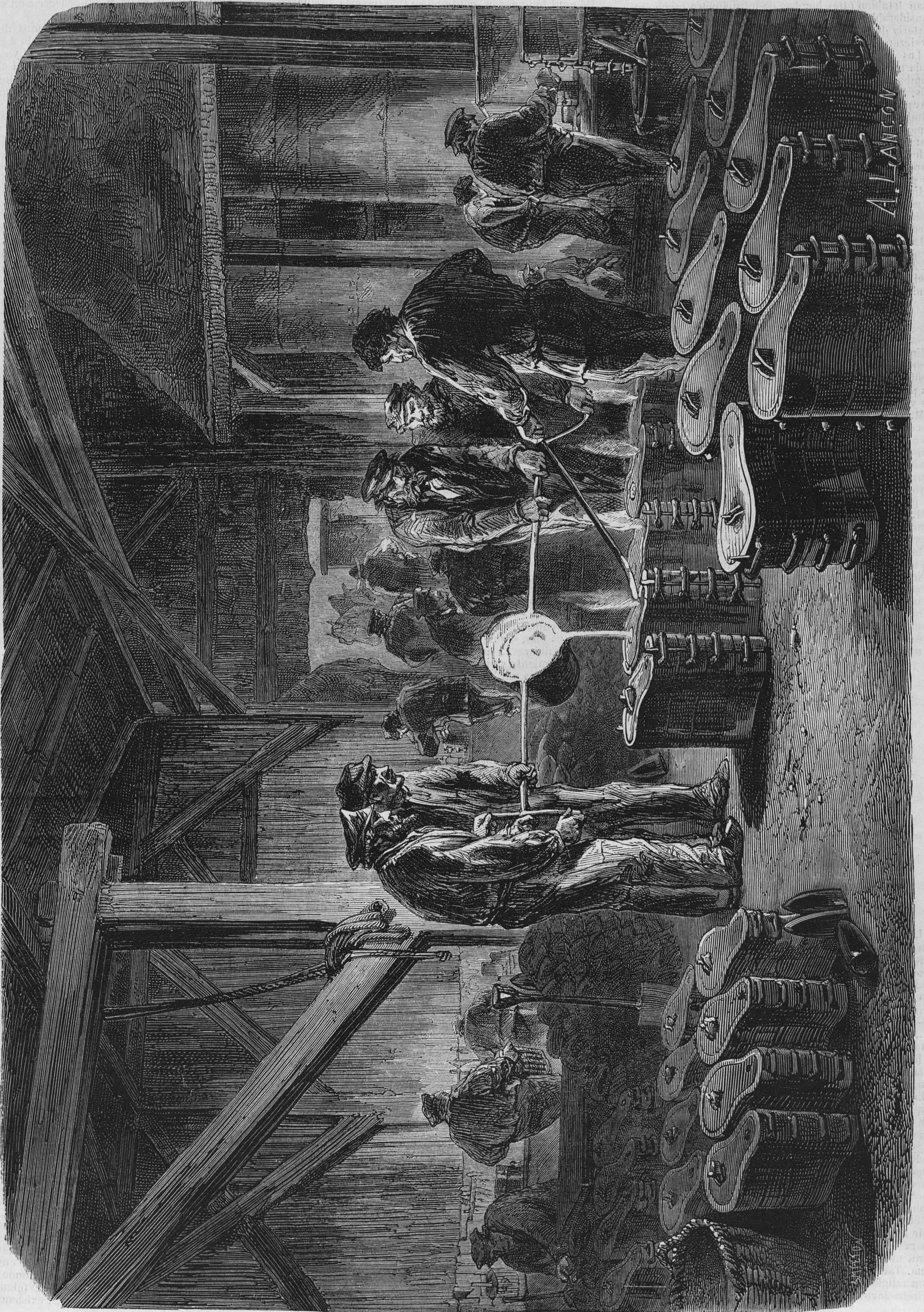
Notaremos de paso que la bala roja y la de barra, que tanto se usaron en las guerras del primer imperio, han quedado arrinconadas.

La bomba es como la granada, un globo de hierro hueco lleno de pólvora que se prende fuego con una espoleta; pero la dimension es mayor y su construccion se efectúa con arreglo á ciertas formas determinadas. De este modo, pues, la bomba tiene un agujero cónico llamado ojo y á cada lado dos asas ó muñones, que sirven para introducirla en el mortero.

Al ojo de la bomba se aplica una espoleta rellena de una composicion que se quema lentamente para que la bomba tenga tiempo de llegar á su destino antes de estallar. Por el lado opuesto hay un peso que impide que la concha caiga sobre la espoleta.



Secamiento de las espoletas.



DEFENSA DE PARIS. — Fundición de bomba de 12 y 24 en Charonne: el vaciado.

Las bombas tienen generalmente 32, 27 ó 21 centímetros de diámetro y pesan 70, 50 ó 20 kilogramos.

Son los tipos generalmente adoptados hoy; pero se usan también otras bombas de un diámetro mucho más considerable. M. Paixhans, hombre muy competente en materia de artillería, las hizo en 1832 de 500 kilos que sirvieron en el sitio de Amberes.

Los grabados que publicamos ponen en evidencia cada una de las operaciones de la fabricación de las bombas. Ese establecimiento perteneciente á M. Courtois, ha dado á esa fabricación una actividad prodigiosa. Los gastos son enormes. Cada bala, cada granada, cada bomba resulta á un precio elevado, y todos los días oímos detonaciones que representan un gasto de 300 francos. La música de la artillería es muy costosa. Se calcula que desde el principio del bombardeo los prusianos han enviado por más de dos millones de francos de proyectiles.

Una sola casa de fundición no habría podido entregar al gobierno la enorme cantidad de municiones que necesitaba, y lo mismo en esto que en los cañones ha sido preciso dividir el trabajo.

Las principales casas que se han encargado de los suministros son las de M. Courtois, de Charonne, M. Alexis Lepet, M. Donzelle y M. Dalifol. Esto quiere decir que si se necesitan montañas de municiones las tendremos.

EL PROYECTIL BAZIN.

En presencia de los enormes progresos que ha hecho la artillería, se han preguntado los inventores si no sería posible introducir algunas mejoras en la fabricación de los proyectiles. Con efecto, ha habido perfeccionamientos y el primero pertenece á la Francia.

M. Bazin, que ha dado su nombre al proyectil de que nos ocupamos, es ya conocido de nuestros lectores por los aparatos empleados en la bahía de Vigo, de que tratamos en este periódico oportunamente.

Además, M. Bazin es quien organizó también en las alturas de Montmartre los aparatos de luz eléctrica á cuyo beneficio se pueden observar á largas distancias las posiciones de los prusianos.

M. Bazin no ha concluido con sus ingeniosas ideas, y el proyectil que acaba de presentar al gobierno va á hacer probablemente una revolución en el arte militar. El buen éxito que han tenido sus operaciones anteriores nos hace augurar bien del nuevo invento.

Nos guardaremos muy bien de analizar y de describir el instrumento que hemos visto experimentar el domingo último en la batería de las piezas de marina de Saint-Ouen; pero sí diremos que si las pruebas no se desmienten en la práctica, la artillería francesa tendrá la ventaja de poder comunicar á sus bombas un alcance de un tercio más que el que en el día tienen.

L. C.

De Villahermosa á la China

COLOQUIOS DE LA VIDA ÍNTIMA

POR DON NICOMEDES PASTOR DIAZ

(Continuación. — Véase el número 938.)

¡La pasión!... La pasión, éxtasis ó dolencia, revelación ó delirio... la pasión, extravagancia ó heroísmo, crimen ó hazaña... Esa es la situación que me ha tocado en suerte... Y no vale que no haya de durar más que la juventud... Yo... Javier, sé que he de ser joven toda mi vida.

Y decía estas palabras con amarguísima sonrisa.

— Veo bien mi porvenir... nunca lo he visto mejor... pero nunca me ha aterrado menos... Has disipado todas mis dudas... Al revelarme la verdad de la vida me has confirmado en la certidumbre de mi desgracia. Esclava de una pasión me reconozco, esclava viviré. Como á los niños que estudian física, me has demostrado el peso del aire... Le sé sustentar... Me ayuda á mover, respiro con él; sin él me ahogaría. ¡He sabido muy temprano lo que es la angustia del vacío!... No temas por mí... antes quería morir... ahora no puedo... ¡La vida con la pasión!... ¡Hé aquí mi penitencia! Puede que sea dura... Ya la conozco... Puede que el pulmón no sea bastante fuerte para respirar... Puede que el aire sea muy pesado, muy ardiente... Puede que el pecho se dañe... También sé lo que es la tisis... Si no puedo soportar la vida, soportaré la enfermedad... con ella se vive mucho tiempo... Y si no puedo vivir... morir no es matarse... Dios me asistirá... Si no estás tú para llevarme á la huesa, estará alguien para ponerme una cruz... También la pasión habrá sido penitencia. También mi vida de soledad habrá sido... profesión religiosa...

Miraba Javier á Sofía, anudada su voz á la garganta,

apoyada la frente en la mano izquierda... Sofía miraba al cielo... y como si á Dios y no á aquel hombre dirigiera la palabra.

— Hé aquí lo que soy, continuó. ¿Qué importa lo que quisiera ser?... Así será mi vivir... ¿Qué importa para quién? No me lo preguntes... La respuesta que pudiera darte sería espantosa... Creí que venías á darme tú... Te había pedido á tí esa revelación, porque eras tú nada más quien la convertía en un enigma indescifrable. Antes de tu venida todo me era posible. La desesperación la tenía á mi lado, la muerte á dos pasos. La vida me la dió un pensamiento de piedad y una cruz de sufrimiento. Sin tí tenía la penitencia y el claustro. Sin tí podía refugiarme en el amor de Enrique... ese ángel que siempre me espera. Sin tí pudiera vivir para todo. No necesitaba de tí sino para tí mismo, para tu amor, para tí solo... ¡Oh!... no es una reconvencción la que te hago... te lo he dicho... es una respuesta que pudiera darte.

— ¡Reconvencción!... Una sola tendría que hacerte. Me has dicho de tu vida que no te pertenece, que tú no podías vivir para mí... ¿Te la he pedido yo por ventura, Javier?... ¿Han pronunciado mis labios una sola palabra sobre la vida tuya? Yo no podía hablarte sino de la existencia mía...

— ¿Vivir tú para mí, Javier? ¿Cuándo he puesto yo mi pobre existencia á precio de tan alta ventura? ¡Oh! no... He sondeado todo el abismo... He medido toda mi pequeñez... Javier... Mi existencia, prolongada por siglos de juventud y de hermosura, no pagaría tanta felicidad... Culpable de idealismo podré ser, pero de soberbia no... ¿Vivir tú para mí, cuando nada hay en la tierra á que pudiera verte sometido, sin que te creyera rebajado?... ¡Oh!... Cuando no mi conciencia, tiene mi propio orgullo otra elevación, otra medida... ¿Y qué haría yo de tu vida?... Es como si arrojaras los tesoros de Creso á la pobre ciega que pide limosna en la ermita... ¡Tu vida! Necesitaria yo para sustentarla tener muchas almas, muchas bellezas, muchos amores... ¿Qué sé yo?... ¡Oh! yo sé cómo fuiste inconstante y seductor y mudable... cómo nada te bastó... cómo no tuviste nada... Por desgracia te comprendo... No seré yo quien te culpe... yo, que te compadezco... yo, que te amé... que te amo aun; pero que al amar-te, no he ambicionado más que vivir para tí... yo, por mí sola, con mi vida... con mi pasión... con mi único, triste, pobre amor, con mi ajada, vulgar, mezquina hermosura... con mi oscura, humillada, estéril virtud... Vivir para tí en cualquiera posición en que te encontraras, en cualquiera condición en que me tuvieras... Vivir para tí sin correspondencia, sin amor, sin celos, sin pertenencia, sin posesión, sin vínculo de alianza, sin responsabilidad de obligación, sin asomo de culpa, de crimen; no en tus brazos, no á tu lado; á tus pies, donde quiera que fueras, donde quiera que me dejaras... sin exigir nada de mi corazón, ni de tu pensamiento siquiera, más que lo que Dios concede á la última de las criaturas; la complacencia de la devoción con que le aman... Esto pudiera ser mi reconvencción y mi respuesta, Javier... Ya ves que no pedía placer, ni felicidad, ni premio de caricias, ni galardón de esperanzas, nada... Esto nada más... Si esto es vivir, viviría así; si es martirio, lo sufriría; si esto es castigo, hubieras podido imponérmelo... También podría ser como un sacrificio, como un funeral, como tomar un velo... también podría ser como una profesión religiosa... Aquí estaba la víctima resignada... ¿No me prometías una bendición?... En tí hubiera estado llevarme al altar, al claustro, al pie de la cruz ó al borde de la tumba, donde pronunciar mis votos...

Javier en tanto había hundido su cabeza entre las manos de Sofía, besándose las una y otra vez, y á medida que salían de sus labios aquellas humildes y apasionadas palabras. El que había demostrado tanta firmeza en los anteriores arrebatos, sentía que Dios le retiraba todas sus fuerzas y le arrojaba postrado de conmiseración y arrepentimiento ante la humildad de una adoración tan sacrilegamente sublime...

En las profundidades de aquel espíritu parecían sentirse los pavorosos sacudimientos de una subterránea tempestad... ¿Eran combates ó eran remordimientos? ¿Era que Dios desamparase su ayuda, ó que él abandonaba su empresa?... ¿Quién sería capaz de sondear los profundos de aquel abismo? Sin duda que el cielo le enviaba en aquellas palabras el más cruel de los martirios, y en su caimiento inesperado, la mayor de las expiaciones; pero en medio del llanto que agolpaban á sus ojos, ó la imagen de sus delitos, ó la presencia de aquellos dolores, también le envió memorias que le recordaran cómo se alcanzan todas las virtudes, cómo se ganan todas las victorias... Había salvado la vida á naufragos, desgarrando sus manos, magullando sus miembros...

Había extinguido incendios á riesgo de abrasarse las entrañas... También le sería posible salvar aquella alma, haciéndose pedazos el corazón...

Las últimas palabras de Sofía arrojaron sobre su espíritu atribulado un rayo de vivísima luz. Con sublime energía levantó de repente sus ojos... Parecía que, mas fuerte que el femenino acento, hubiese escuchado otro que le gritara de muy lejos ó de muy alto...

— ¡Una profesión religiosa!... murmuraba á media voz como respondiendo á quien invisiblemente le interrogara... ¡Un velo de clausura!... Una reclusión de penitencia... Por mí... Sofía... Dios mío, venid en mi ayuda...

¡Unos votos santos!... ¡una cruz!... ¡un altar!... ¡mi

bendición!... ¡Oh Dios mío!... Vos enviáis la inspiración á esos labios, para impedirla que blasfemen... y para que á su pesar os confiesen...

— Y levantándose en ademán de obedecer á un súbito llamamiento.

— Vamos de aquí, pues, exclamó... Vamos de este medroso lugar, Sofía... Venite conmigo... Tú lo demandas... Dios lo concede... Ven, donde ni tú ni yo estamos tan desamparados, donde no reposemos á orillas de un abismo... donde pueda enseñarte esos objetos que invocas, donde pueda revelárete si el cielo admite ó condena los votos que proclamamos... Ven...

Y la tomó de su mano y la levantó desfallecida con su brazo vigoroso... Sofía no vaciló un momento. Obedeció, como había prometido, sumisa é identificada con aquella más poderosa voluntad. Dió todavía una mirada al abismo que rugía á sus pies en fosforescentes remolinos, estampó un ósculo de reverencia en aquella cruz que se había levantado entre su desesperación y su fortaleza, y entregóse á la guía y dirección de su conductor misterioso.

Javier parecía radioso y triunfante, como si dejara un lugar donde algún maleficio tuviera encantado su poder. Internándose rápido y anheloso por las fragosas veredas, parecía en verdad circundado de la atmósfera de un genio sobrenatural, sombrío, predestinado... Díjese que arrebatada un alma de un lugar de tormentos, para conducirla á más glorioso destino, ó á una expiación más fecunda en esperanzas.

— Sí, exclamaba de cuando en cuando... Sí, hija mía... estamos en camino de salvación... ya respiramos atmósfera de libertad... ya tocamos á una región de mayor asistencia y de más santa compañía... ya nos acercamos adonde pueden tener eco tus palabras de conjuro, ó ser atendidas tus plegarias de remedio... Estamos cerca de la puerta del consuelo... estamos en el campo de la vida...

Sofía en tanto nada oía, ni veía más que sombras, y ramas, y tinieblas, y pájaros que revoloteaban turbados en su sueño, y aguas que murmuraban en alguna cercana fuente; pero su fascinado espíritu no dudaba un momento de la verdad de tan exaltadas palabras; y asida y colgada de los brazos del genio, que siempre la llevaba por las esferas del otro mundo, sentía también dilatarse su pecho con el aliento enrarecido de una extraña desconocida esperanza...

— ¿Por qué de repente lanza un grito de terror?... ¿Por qué se eriza, chispeando sobre sus sienes, la electrizada cabellera?... ¿Por qué se refugia, convulsa, yerta, despavorida, contra el corazón de aquel hombre?... ¿Por qué consulta con espanto aquellos ojos, que la consternan más, respondiéndola serenos é impasibles? Era que en el mismo instante que pasaban por su mente sueños indefinibles de esperanza y celestiales aspiraciones de vida, se había encontrado otra vez frente por frente con la olvidada presencia de la muerte...

Habían llegado al pórtico de la iglesia. La puerta estaba entreabierta, y dentro, sobre un túmulo, alumbrado por cuatro blandones, yacía en su ataúd aquella joven desconocida, que había de ser á la mañana siguiente enterrada. Dominando, empero, su primer movimiento de asombro, Sofía entró en la iglesia, y como atraída de la visión lúgubre, púsose á contemplar el cadáver de hito en hito, encontrando tal vez en la impresión religiosa de su triste mirada el desvanecimiento del terror indecible de su primera sorpresa. Javier, silencioso y detenido tras ella, habíase arrodillado y puesto devotamente en oración. Sofía probó á imitarle, y no pudo. Rebeldes sus rodillas de cansancio y flaqueza, fué á sentarse rendida en un escaño frontero del ataúd, donde hundida la cabeza, y alzando juntas sus manos en actitud de acompañar las oraciones de Javier, parecía buscar con su espíritu la significación simbólica de un espectáculo tan sencillo en su realidad, como imponente en las consideraciones que le inspiraba. Javier vino también, después de algunos minutos, grave, sereno y callado, á tomar asiento al lado de Sofía. Reparóle entonces ella á la luz de las teas funerales, y quedó aterrada y compadecida de la transformación que antes no había podido notar tan claramente en aquel hombre. El joven de negra y pomposa cabellera era un anciano de tez enjuta, de frente calva y de cabeza encanecida. Quedaba juventud solamente en sus ojos, en sus movimientos, en su voz y en sus labios. Sofía dirigióle con aire temeroso miradas que pudieran ser tomadas á preguntas; pero ante su contemplativo silencio, hubo de continuar con la palabra la interrogación medrosa de su incertidumbre.

— ¿Es este, pues, le dijo, el lugar de salvación y de libertad?... ¿Es este, Javier, el recinto donde debía estar asistida y amparada?... ¿Es este el refugio de tu protección y el seguro de tu esperanza?... ¿Es este el oráculo de nuestro destino?... ¿Es este el santuario que ha de acoger mis votos?... ¿Es esta la morada del consuelo?... ¿Es esta la región de la vida?... ¿Se cifra todo esto para mí, Javier, en un ataúd, en un cadáver?...

— Para mí, sobre todo, respondió con triste exaltación aquel hombre. No te he engañado, Sofía; te he respondido. Todo está aquí... Dios y la muerte... principio y fin de todo destino... término de toda vida... cifra de toda esperanza... Aquí hay tristeza aparente, terror ilusorio... la tristeza de nuestros corazones, el terror de nuestros remordimientos. Aquí no hay más que paz y consuelo, seguridad y descanso. Todo está aquí, cuanto necesitabas para lograr tus deseos, cuanto invocaste para consagrar tus votos. Ese altar á cuyos pies se pronuncia todo juramento, esa ara donde se consagra todo sacrificio... Esa cruz que ahí fulgura, redención y esperanza, sufrimiento y gloria... existencia,

inmortalidad, salvacion... Hasta esos restos hermosos, padron de todos mis dolores y de todos mis delitos, testimonio de cuanto ha habido en mi corazon de tierno y de duro, de piadoso y de cruel, de leal y de inconsecuente... Hasta esas teas nupciales de mis desposorios, y esas almohadas, lecho de mi descanso... ¡Oh! sí... aquí está todo... Mi puesto es allí, donde se clavan irresistiblemente tus ojos, donde señalan maquinalmente tus dedos... Mi porvenir no es de la tierra... Mis amores no son de la vida... Mi última palabra en este recinto será el eco de la primera que oíste de mis labios... A la luz de esas velas amarillas podré decirte, como bajo los resplandecientes flameros de Villahermosa: *¡Mi última noche del mundo!*... Solo tendiendo la mano sobre ese yerto cadáver, podría responderle: «¡Miracómo se vive para mí, mira para lo que yo vivo!...»

— ¿Y de quién es ese cadáver, Javier, respondió Sofía entre humilde y consternada, dando á su acento la inflexion mas suave, cual si temiera profanar curiosa la religiosidad del espectáculo, ó de lastimar imprudente la sensibilidad dolorida de un hombre que por primera vez le parecia desesperado... ¿De quién es ese cadáver? ¿Ni en este asilo de verdad querrá revelármelo ese tu siempre misterioso acento?... En esta morada de consuelo, ¿crees que yo no podria tener ninguno para tu desventura?... La que te ha dado el nombre y las señas de cuanto ha nacido y muerto dentro de su alma, ¿no podrá recibir el secreto de la esposa, de la amante, de la hija que guarda en esa tumba tu amor?... ¿Crees que no tengan mis ojos lágrimas para llorarla, ni mis labios oraciones para bendecirla?...»

— Sofía, replicó Javier, cada vez con acento de mas dolor, ¡yo no tengo hija, ni esposa, ni amante!... Esos restos son de lo único que podía yo tener... Son de una víctima... Era una jóven hermosa, desconocida, desgraciada, seducida... Maté á su amante, por mi mano, por amores de otra mujer... de una mujer que vive aun, pero que va á morir tambien... Misterios, sí, para tí, como para mí... De la una no me es dado revelarte el asilo de su vida... La otra se ha llevado consigo el secreto de su muerte... Ya sabes tanto como yo... Ya sabes cómo se puede vivir para mí... ¿Para mí?... solo se puede morir... Mi vida es con los muertos... Mi destino hacer poner cruces en los cementerios, como los bandidos por los caminos... ¡Bandido soy!... A esa mujer expatriada, desvalida, deshonrada... le asesiné su amante... recogí la herencia de su amparo y le llevé el anatema de mi maldicion... Prometí ser su padre... ella aceptó de mi mano la asistencia; pero al fin repudió la vida... A otra mujer, la mas interesante, la mas hermosa, la mas allegada, la mas dotada de talentos, la mas rica de esperanzas, salgo á la mitad de su camino á robarle su felicidad y su esposo, y viene á que la sepulte en otro claustro ó la encierre en otro ataúd... ¡Dios mio!... Dios vengador... Con todas mis lágrimas y votos, con todas mis penitencias y sufrimientos, soy cada vez mas indigno de vuestras misericordias... Vos escribisteis en la frente de Cain: *Todo hombre que me encuentre, me mate*... sobre la mia, Señor, habeis estampado una condenacion mas espantosa: Que toda mujer que la mire, sea herida de muerte.

Javier, diciendo estas palabras, ronca la voz, la cabeza caída y los ojos desecados, parecia estar viendo delante de sí el ángel de las celestes venganzas y de los implacables castigos.

Sofía cayó arrodillada á sus piés, tomó en las suyas sus manos descarnadas, y besándolas una y otra vez con expresion de filial respeto, pugnaba cariñosa por arrancarle á este acceso de desesperado caimiento.

— Javier, Javier, perdóname y atiéndeme, le decia... Yo no seré tu víctima, ni tu remordimiento, ni tu condenacion... Yo quiero ser tu bendicion, tu paz, tu descanso... Yo haré venir á mis labios palabras de conjuro contra tu anatema... Yo le destruiré con mi vida... No llorarás mi muerte... no te perseguiré, saliendo de otro ataúd, el espectro de mi memoria... Yo seré tu hija sumisa... tu pupila obediente... yo aceptaré de tí mas que la virtud... yo me ofreceré por tu expiacion... Yo asociaré mi humilde sufrimiento á tus tribulaciones, á tus sacrificios... Confíame tus secretos, aunque sean delitos, para acallar tus remordimientos; para ayudarte, aunque no sea sino con mis lágrimas, al desempeño de tus obligaciones... Y por ese altar del Dios que nos mira, por esa cruz santa del Dios que nos redime, por los restos de esa criatura que duerme en el seno del Dios que nos juzga, no ya votos míos, Javier, sino que te hago la cesion mas ilimitada de mi voluntad para el cumplimiento de los tuyos... Acéptala, por el cielo... No importa que esta voluntad tenga todavía un nombre que bajo estos muros no se atreven á pronunciar mis labios. Consagrado así sobre una tumba, como una mortaja bendecida; llevado así como un cilicio sobre la carne macerada no será pasión, Javier, no será muerte... Que Dios le dé nombre... Te ofrecia un amor como un funeral, como una penitencia... penitencia por mis faltas ó mis flaquezas... No, Javier... por ese altar y esa cruz que son de Dios, y por esos sagrados despojos, que son de la muerte, yo te consagro un amor bastante religioso para expiar tus culpas... No ya el sacrificio de una vida, como tomar un velo... como la profesion de un claustro... al fin era para mí sola... era una penitencia mia... ¡No, Javier!... yo te hago voto delante de Dios, de un holocausto de mi corazon, que sea bastante para la redencion tuya...

— En nombre de Dios; acepto tu promesa, respondió Javier solemnemente, y alzándose de pié como inspirado; pero en nombre de Dios rechazo la blasfemia de que sea un hombre la deidad que levantes sobre el al-

tar de esa ofrenda. En nombre de Dios tomo posesion de tu voluntad en depósito sagrado; fuera usurpacion sacrilega retenerle para mí; fuera traicion impia volverle á entregar al infierno... En nombre de Dios, acepto el voto de tu sumision y obediencia; pero rechazo la pretension satánica de la pasión, que osa disputar á la divinidad sus atributos y á la penitencia sus milagros. Acepto en nombre del cielo, que de mí se apiada, el sacrificio que te inspira; pero niego los títulos de salvar y de redimir una pasión que se reconoce incapaz de sacrificarse ella misma... Sí... En nombre del cielo, de la cruz y de la muerte, acepto tu juramento con toda la significacion de su fórmula tremenda; pero en medio de ese triángulo, donde fulgura, como un sol de gracia, el espíritu ardiente de los divinos amores, ¿quién osará colocar esa cabeza de Medusa, que aun cortada, petrifica y enfurece?... ¡Oh! no... Es menester salir del caos... imitar al Criador... separar la luz de las tinieblas, y llamar á las sombras noche, y á los caminos por donde vamos infierno y abismo...

Nuestra razon y nuestras pasiones han trabado una reñida pelea... Queremos ganarla con las fuerzas del orgullo, con nuestra perturbada conciencia y con nuestra menguada virtud... Ni el campo donde combaten los guerreros, ni en la lid que riñen las virtudes y las pasiones, hay otra victoria que la que da el brazo del Dios de los ejércitos. Al cielo se bendice, cuando se canta el *Te-Deum* del triunfo; al cielo se implora, cuando se reza el *Miserere* de la gracia.

No ha mucho, Sofía, que se dió una batalla mas tremenda todavía entre dos almas enflaquecidas y atormentadas. Creyéronse perdidas. Era en un lugar religioso como este, y se habian olvidado del cielo; pero Dios no se olvida de los que lloran y ruegan. Entre el estampido de sus rayos, bajó de lo alto esta sentencia, que aun suena en mis oídos: «Cuando el mundo no tiene para un alma remedio, Dios le da la salvacion...»

Entonces sobre los que combatian descendió la celeste ayuda, y un lauro de triunfo, que no habian podido lograr, ni la razon, ni la elocuencia, ni el amor, ni la virtud. Entonces hubo una voz bendita, penitente y profética que dijo: «¡Gloria á Dios! ¡Estamos salvados!...»

Aquella voz h llegado hasta nosotros, ha llegado hasta tí... Tambien estábamos perdidos... Tú proponias á mi ignorancia el problema de tu existencia; yo demandaba á la presuncion de mis razonamientos la dicha de tu porvenir. Yo pedia el cumplimiento de tu obligacion á tu flaqueza, y mi expiacion á tu conciencia. Y tú buscabas en una pasión la penitencia, y en un sentimiento de amor una eficacia de redencion... ¡Vanidad de vanidades, Sofía, y sacrilegio de sacrilegios!... Laspiraciones del sentimiento, conatos de la virtud, gritos de la conciencia, ímpetus de la pasión, todo flaqueza, todo contradiccion, todo ineficacia, todo en su esencia miseria y pecado, en sus efectos perdicion y ruina... Nos desangrábamos el corazon, nos atormentábamos vanamente el espíritu. No podiamos valernos ni ayudarnos... Ni amantes, ni esposos, ni compañeros, nada podiamos ser uno del otro, sin infamia y vilipendio... Ni hijos, ni padres, ni salvadores, ni redentores. Ne teniamos remedio. Quedaba el remedio de Dios; tus labios lo invocaron en medio de tu extravio. ¡Estamos salvados!... no te faltará... No te ha faltado nunca...

Cuando no quedó razon en tu entendimiento, ni en tu corazon esperanza, ni siquiera el instinto conservador en tu vida, Dios te envió la cruz de su paciencia por las manos humildes de un pobre de espíritu. Cuando caí postrado sin fuerzas delante de las lágrimas de tu inmensa ternura, Dios puso en tus labios la palabra que me empujó á este lugar donde estaba mi cruz, no menos pesada, no menos salvadora. Tú la imploraste en auxilio, tú la llamaste en testimonio, tú hiciste en su nombre el voto de sacrificar tu propio albedrío. Lo hiciste por mí. Yo le acepté por ella... Tú pusiste en mi tu voluntad; yo se la devuelvo al cielo... Lo que por mí le juraste se lo jurarás de nuevo sin que yo te lo mande, aunque yo te lo impida... Esa decision suprema de tu suerte y de la mia, no será quien la pronuncie mi flaco juicio. Ni someteré tu destino á un capricho de mi albedrío, que puede ser tan insensato como el de una pasión... Al juicio de Dios apelaban, en sus grandes duelos y litigios, y en sus grandes empeños y conflictos, los reyes y los pueblos de los pasados siglos. Al juicio de Dios remitamos nosotros los duelos y combates de nuestras pasiones, el conflicto de nuestra situacion, el empeño temerario de ese porvenir que nos abruma... Al cielo hiciste tu voto... Que decida el cielo el empleo de tu vida y la consagracion de la mia. Que él te salve, que él me redima. Que no me quede remordimiento alguno de tu porvenir, ni á tí un escrúpulo de duda sobre mi pasado. Solo ante el altar y la cruz del que perdona y castiga, me atreví yo á revelarte los principios de mi desventura. Sea tambien la cruz y el altar del que salva y condena, el oráculo donde la expiacion de mi vida se complete con la irrevocable decision de la tuya. Yo no diré nada, no exigiré nada... Todo lo fallará la voluntad suprema... A mí solo me toca preparar el ara y descender las cortinas del tabernáculo, donde la voz del Señor responda y la presencia del Señor se manifieste.

¡Sofía!... De la promesa de tu sacrificio solo he aceptado conducirte al pié del altar... No mas te pido; pero de nuevo te lo ruego... No te exijo mas que el cumplimiento de una obligacion que no será dura, de un plazo que no será largo... de un voto que no te ligará, ni por un mes... bastarán... veinte dias.

— Habla, Javier; manda, ordena, interrumpió á este punto Sofía, con voz de sumision rendida, aunque con visibles señales de expectacion desasosegada y de exaltacion vehemente... Habla y te obedeceré... te lo cumpliré... ¡Veinte dias!... Aunque hubiera de pasarlos al pié de ese altar y de esa cruz, ó acostada en ese féretro, serás obedecido... ¡Oh, Javier!... Los he pasado mas cruces en mi habitacion y en mi lecho...

— Pues en tu habitacion y en tu lecho los pasarás y podrán ser cruces tambien, contestó Javier gravemente.

Y tomando sobre Sofía el tono decidido pero mesurado, de un confesor que impone una penitencia y prepara la absolucion.

— En tu habitacion, en tu lecho, continuó, y ante el altar y al pié de la cruz, si quieres, y si Dios te inspira prepararte al cumplimiento de santos votos y de sagradas obligaciones, como se preparaban, piadosos, nuestros abuelos á los juicios de Dios, y á las empresas de santidad y de gloria... ¡Veinte dias!... Quizá no serán menos amargos que los que recuerdas... Pero, al fin, pasarán... pasarán mucho mas pronto que los últimos veinte años de mi triste vida...

Al cabo de esos veinte dias iremos una mañana á la iglesia de Valle-de-flores... Yo estaré allí... allí acudirás tú... Enrique irá contigo... No te aterres... no te lo impongo... Allí hay altar y cruz, y hay tumbas tambien... Delante de aquellos sagrados objetos tendrás la breve y sencilla revelacion del secreto y del destino de mi vida... A tí entonces la libertad, á tí la eleccion... á Dios el fallo supremo... Elegirás entre una profesion y un sacramento... entre el volo de la desposada ó el de la clausura... Hasta la perdicion y el crimen podrás elegir, si el cielo nos abandona y nos maldice... Delante de aquel altar, y de aquella cruz, y de aquellos sepulcros, tus labios pronunciarán si quieres tomar por esposo á Enrique... si decides retirarte al claustro... si consientes seguir la condicion de mi existencia... si prefieres volver á la desesperacion de la soledad y á la muerte de un abismo... Te queda la libertad de todo; pero tengo la santa evidencia de una resolucion, en que no te faltará la gracia divina y la inspiracion cristiana... Por eso todo estará preparado para la ceremonia nupcial... tu alma tambien... Saldrás de allí dignamente desposada con el hombre de tu obligacion, ó irás adonde te llame el extremo de la penitencia, ó adonde te arrastre el colmo de la desdicha... Prométemelo, Sofía.

Y diciendo así se adelantaba con ella hasta el pié de la cruz que brillaba á la cabecera del túmulo, sin apartar sus ojos de los ojos atónitos y fijos, pero sumisos y resignados, de aquella mujer, que hasta en el trance de tan religioso empeño parecia seducida ó fascinada.

Sofía, en efecto, comprendió que en este instante se decidia su destino; que en esta ciega promesa se resolvía el problema de su vida ó la perdicion de su alma; pero tambien sentia que en este momento habia una ansiedad mayor que su ansiedad, como habia una tortura mas cruel que la de sus congojas, y un dolor mas acerbo que la suma de sus dolores. Los ojos de Javier fijábanse en los suyos con tan angustiosa expectacion, como si necesitara de su vida ó si le pidiera el alma.

Pareciale que no podian mirar así, tan intensa, tan tiránicamente, sin un raptó de inmenso amor, ó sin un reflejo de inspiracion sobrenatural. No era capaz de averiguarlo, pero no podia resistirlo. Aquella mirada era omnipotente. Hubiérale otorgado su sangre y su salvacion... no era dable rehusarle el juramento de aquella extraña promesa... Sofía le hizo sosegada, segura, resuelta, decidida... Por aquella cruz, delante de aquel altar y á la vista de aquel túmulo, juró comparecer á aquel emplazamiento, someterse á aquel juicio, y aceptar las condiciones de aquel irrevocable empeño... Solamente y por un escrúpulo de duda, que lejos de ser reconvenccion, era por el contrario, extender su voto hasta una contingencia no prevista, se permitió preguntar tristemente:

— Pero, Javier... ¿Y si no pudieses acudir á Valle-de-flores, como no volviste á Villahermosa?...»

— Si yo no estuviese allí para guiarte, respondió gravemente Javier, estará allí el claustro para recibirte, y no lejos el abismo en que sepultarte... Pero al devolverte, Sofía, la libertad del infortunio y de la desesperacion, añadió, levantando sus ojos y sus manos al cielo, juró tambien, por esa cruz y por esa tumba, que va en tu felicidad y en tu vida mi salvacion y mi esperanza...

Sofía entonces, prosternada otra vez, ratificó con voz sumisa su solemne decision, y acompañó las palabras de su promesa con una oracion piadosa, como si acabase de pronunciar los votos de una clausura ó la fórmula de un sacramento...

En aquel instante la frente de Javier se iluminaba de tan radiante resplandor de alegría, como la que puede brillar en un apóstol de la fe en el momento en que ha ganado un alma á Dios. Sobre su espíritu descendia una tranquilidad nunca gustada; cual si se sintiera aliviado de todo el peso de la tierra; y un raudal de serenas lágrimas se agolpó á sus ojos y humedecieron las manos de Sofía, que besó con el respeto y la efusion de un profundísimo agradecimiento...

Era ya mediada la noche... Las campanas de Valle-de-flores sonaron á lo lejos con el toque de maitines... las de la iglesia respondieron con el último doble de difuntos... Sofía se levantó. Besó, como habian hecho las mujeres del campo, los piés de cera de aquella hermosísima criatura, en tanto que Javier recitaba un salmo, y con un ramo de oliva rociaba de agua bendita sus inanimados restos. (Se continuará.)

LAS

ambulancias

ó

HOSPITALES DE SANGRE.

El servicio de las ambulancias del ejército de París comprende tres grandes departamentos muy distintos, á saber: las ambulancias militares, las de la prensa, que representan hoy su cuartel general en Tullerías, y las de la sociedad internacional de Ginebra, que comprende las ambulancias fundadas por la iniciativa privada, la ambulancia americana, la italiana, etc.

La organizacion de estos tres servicios no excluye el concurso de los habitantes que comprenden perfectamente sus deberes. Hace pocos dias se pidió á los ciudadanos que declarasen las casas que podian poner á disposicion del gobierno con destino á los heridos, y en pocos dias se vió que la poblacion de París ofrecia 16,000 camas á los combatientes que caen bajo el fuego de los prusianos.

La simple enumeracion de los establecimientos hospitalarios que acabamos de hacer, prueba que los parisienses están dispuestos á contribuir á la defensa por todos los medios. Justo, es pues, con signar aquí los laudables esfuerzos que en este sentido se producen en todas las clases, así como los actos de celo que podemos presenciar en ese otro campo de batalla, donde la ciencia y la fraternidad vienen á disputar á la muerte á los infelices heridos.

Ya hemos tenido ocasion de hablar del admirable celo que desde el principio del sitio no han cesado de demostrar los hermanos de la Doctrina cristiana, lo mismo en las ambulancias que ante el fuego del enemigo.

Toda la prensa ha estado unánime para rendir homenaje á esos actos de valor que se recomiendan por estas virtudes evangélicas, la sinceridad y la abnegacion.

Hemos querido representar en esta página una escena que hemos presenciado, y que puede considerarse como un elocuente testimonio de nuestra gratitud, por esos servicios de todos los dias y todos los instantes que los hermanos de la Doctrina cristiana no han cesado de prestar á las ambulancias.

El ilustre doctor Ricord, el celoso presidente de las ambulancias de la prensa, se ha hecho con este motivo el intérprete de la gratitud de la poblacion. Su fama como facultativo es europea, y el rasgo que vamos á citar probará que en Ricord el corazon se halla al nivel de la ciencia.

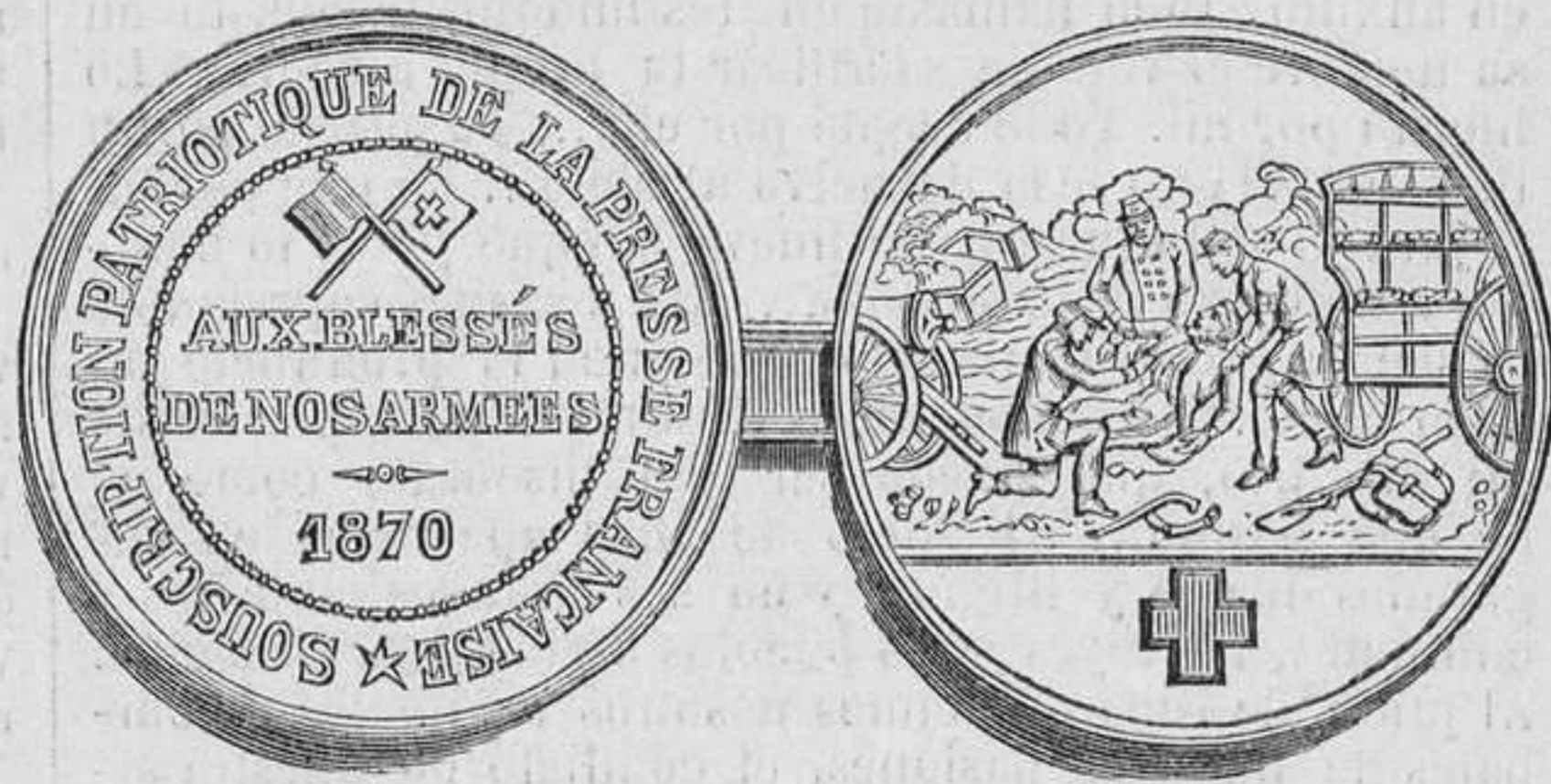
Era en la mañana del 22 de diciembre.

Todo el séquito de las ambulancias de la prensa, direccion, personal, material, se hallaba pronto desde las seis en el patio del palacio de Tullerías.

Lúgubre espectáculo!



22 de diciembre de 1870. — Permitidme que os abrace para que vos abraceis de mi parte a hermano Felipe y á todos los de vuestra casa.



Medalla de la comision patriótica de la prensa francesa.

Como de costumbre, veíanse allí los hermanos de la Doctrina cristiana, reservados, silenciosos y prontos á obedecer á la primera señal.

Tambien el doctor Ricord habia acudido con toda puntualidad á la cita.

Mientras llegaba la orden de ponerse en marcha, señalaba lo precioso que era para el tratamiento de los heridos el concurso de aquellos auxiliares tan intrépidos y formales, que recogian inmediatamente á los heridos.

De súbito, un pensamiento cruza por su mente y se

dirige hácia el hermano Timoteo, que reemplaza al hermano Felipe y que tiene bajo sus órdenes á todos aquellos religiosos.

Deteniéndose delante de él le pregunta:

— ¿Es permitido en vuestra orden dar un abrazo?

— Doctor, responde tímidamente el hermano Timoteo, no conozco reglamento que á ello se oponga.

— Pues en ese caso, hermano mio, permitidme que os abrace, para que vos abraceis de mi parte al hermano Felipe y á todos los de vuestra casa.

Otra escena interesante que representamos en la página 36.

El director de la ambulancia de la iglesia de San Gervasio, que es el venerable cura de la parroquia, M. Borel, ha entregado estos dias pasados en la nave principal de la iglesia, la medalla militar al turco Ahmet-ben-Bagdad, que salió herido el 2 de diciembre en la batalla de Champigny.

No es cosa fácil pintar la alegría que tuvo en aquel instante el valeroso hijo del desierto.

Rebosaba de júbilo al verse condecorado.

— ¡Allah grande! decía.

Y queria bailar de contento; pero su herida paralizaba sus movimientos.

Queria cantar y sus sollozos sofocaban su voz.

Lo único que podia hacer era invocar á Allah, su profeta.

El buen sacerdote le tomó la mano y se la estrechó con afeccion.

El soldado le miró un instante en silencio, y luego de repente repitió:

— ¡Allah es grande! R. DE M.

Medalla conmemorativa

DE LA PRESNA FRANCESA.

La prensa, el cuarto poder del Estado, como se decía en 1830, no ha faltado al patriótico deber que la patria en peligro la impone. Desde el primer dia de las hostilidades, la prensa de París abrió una gran suscripcion, y la prensa departamental secundó con ardor el proyecto.

Recogieronse cuantiosas sumas que se aplicaron á la organizacion de las *Ambulancias de la Prensa*, que tantos servicios han prestado, y que el gobierno ha unido á sus establecimientos como dependencia del ministerio de la Guerra.

En recuerdo de la accion que la prensa ha tomado en esta terrible guerra, se ha acuñado la medalla que figura en esta página.

Dos cosas atestiguará esta medalla, á saber: que la prensa combatió con la palabra y sostuvo á los combatientes con su iniciativa y su concurso. H. C.